

LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE ESCUDILLERS, 10 BIS
De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN
España 3 pesetas trimestre
Extranjero 3 francos »
Número suelto 25 céntimos
PAGO ANTICIPADO

Año II

Barcelona 26 de septiembre de 1908

Num. 52

SUMARIO

A la memoria de D. Nicolás Salmerón. — Homenaje. — *El bello gesto de Salmerón*, por GABRIEL ALOMAR.

Detalles biográficos. — *Salmerón, estudiante.* — *Salmerón, profesor.* — *Salmerón, político.* — *Salmerón, jefe de Estado.* — *Campañas políticas.* — *Salmerón y Cataluña.* — *Su obra literaria.*

Documentos de opinión. — *El problema catalán juzgado por Salmerón.* — *Republicano irreductible.* — *La Nación y el Estado.* — *Las regiones.* — *La nación catalana.* — *El programa de Solidaridad.* — *La ley de Jurisdicciones.*

Los Lusitadas. — *Situación política.* - VI, por RIBERA Y ROVIRA.

Las posesiones españolas en el Golfo de Guinea, por FEDERICO RAHOLA.

La Semana:

POLÍTICA. — *En la muerte de Salmerón*, por J. TORRENDELL.

TEATROS. — *Els Picarols.* — *Día de pluja*, por M. R. C.

GACETILLA.

La prensa catalana.

Notas de viaje. — *La Exposición de Munich de 1908*, por CASIMIRO BRUGUÉS.

Opiniones ajenas:

Los árboles de Barcelona, por Claudio Frolo.

I. *La Voz de Cataluña.* — II. *Castilla y Cataluña.* — *El equívoco de « El Norte »*, del *Diario Regional*, de Valladolid.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

OBRA NUEVA

Edouard Escharra

Le développement industriel de la Catalogne

Editor: Arthur Rousseau
París — 14, Rue Soufflot et rue Toullier.

Se vende en la « Librería Nueva »
Rambla del Centro, 25. — Barcelona.

A la memoria de D. Nicolás Salmerón

Homenaje

En el momento supremo de la eterna despedida, LA CATALUÑA quiere rendir un último saludo al eminente repúblico que acaba de fallecer. Por esto le dedicamos la mayor parte de las sucesivas páginas.

Recordemos, ante todo, la hora culminante de su decisión definitiva, al inclinarse amorosamente hacia Cataluña para colaborar en su obra redentora, aun sospechando que pudiera perder para siempre su popularidad en tierras de España.

Con las siguientes hermosas palabras fué grabada la actitud de Salmerón en las vibrantes planas de un diario catalán. Hé aquí traducido el verbo de Alover:

El bello gesto de Salmerón

Yo imagino á Salmerón, nuestro Salmerón, el Salmerón presente y vivo con nueva vida, yo le imagino de pie ante nosotros en una « pose » estatuaria que le ha de hacer sentir un anticipo de inmortalidad, como si ya el mármol ó el bronce futuros convirtiesen en perennal su figura. Y creo que Cataluña, nuestra Cataluña, le ha hecho sentir desde el *nuestrísimo* 20 de mayo, sensaciones no ya jamás sentidas, sino jamás sospechadas por él.

Bello coronamiento de una noble vida. Bello reposar los ojos fatigados sobre la visión de una ineludible y próxima visión prometida de libertad. Mucho más bello fin que el de los Cincinatos ó Dioclecianos que en el fondo de jardines domésticos, con un cierto dejo de desengaño y pesimismo, acogiéndose á una amable filosofía, como á un consuelo y á una compensación de las pasadas desilusiones. Este filósofo no acabará sus días en la placidez « baguina » de un Yuste, ni en las vagas claustraciones espirituales de los que se sobreviven, ni en los raquícos dinastismos de los Castellares; sino con la vista deslumbrada por la evidencia de una verdadera resurrección de libertad.

¡Cómo debe gozar el espíritu de un hombre á quien le sean concedidas esas sensaciones! ¡Allá detrás está la vida pasada, los primeros fuegos de la juventud, los romanticismos de la conspiración, la gran lucha revolucionaria, el triunfo súbito, la gloria, el poder, el bello gesto romántico de la retirada, y, en fin, el fracaso de toda una obra colectiva, el recomenzamiento, la misión de protesta continua aceptada, como una investidura ya con natural, con la carne misma, el prestigio, un poco amargo, de aquella austeridad republicana, prematuramente vieja, de los Henri Brisson ó de los Pi y Margall, herencia de los Aristides ó de los Trascás á través de los Roland, de los Brissot, de los Condorcet...

¡Y qué gusto para nosotros, los recién llegados de la política, poder coronar al fin, como en filial estefanía, esa testa venerable entre la multitud senatorial de tantos *patres conscripti*, a los cuales nada debe nuestro espíritu! ¡Cómo olvidamos gustosos las antiguas debilidades por la conspiración « cuartelera », la conspiración clásica española, y los principios de « izquierda hegeliana » ó de dogmatismo político á lo Ahrens, y las intangibilidades concéntricas de la soberanía nacional, y los repetidos elogios declamatorios del ejército, virilmente espiados en la campaña tribunicia contra la ley malvada.

¿Y no es verdad que hoy más que nunca, Salmerón debe sentir unida íntimamente á su alma de repúblico la esencia inmaterial de ese cargo selecto que es la diputación por Barcelona? Ni en aquellas victorias pasadas y gloriosas como la memorable de las Afueras, hubo entre representados y representantes la compenetración de la hora presente. Y es que ahora en suprema catalanización, Salmerón, que sólo había transmitido á Cataluña el reflejo de su personalidad y de su historia, ha recibido al fin de Cataluña el nuevo entusiasmo y la nueva fe, y con el voto acefálico de las multitudes ha recibido, bien formulado y explícito, el verbo de un pueblo y de una ciudad. Y la palabra se ha visto por

entero comprendida. Cataluña no lo olvidará jamás.

¡Y qué gusto para nosotros, republicanos que venimos de otro campo y de otra escuela, poder desfilar delante de la noble figura perfilando la mejor de nuestras reverencias! ¡Qué gusto poder inclinar nuestras banderas, delante este hombre que nos trae una salutación de la historia, para la obra que nosotros empezamos, una salutación, como si dijésemos, de la historia pasada á la futura!

Pero hay sobre el bello gesto actual de Salmerón, otra coronación que para un espíritu pobre sería una amargura.

Salmerón, que ve su obra y su acción purificadas y siente la exclusión benéfica de una plebe incapaz de ser pueblo, y de un hombre en quien se encarnan todos los viejos matonismos nacionales que han hecho estéril y tiránica la obra de la revolución y experimenta el gozo de una ruptura sana y desinfectante con todo lo que deprimía ó hacía sospechosa su empresa, goza también la suprema consagración del insulto de los indignos.

Y nunca, ¿no es verdad? nunca se había sentido más radicalmente, más fundamentalmente revolucionario.

GABRIEL ALOMAR

Detalles biográficos

No puede resumirse en cortas cuartillas la vida y la obra de D. Nicolás Salmerón, que será largamente discutida. Necesitaría un mayor espacio, que no poseemos, y una mayor serenidad, de la que sólo goza la implacable Historia.

Unicamente daremos á conocer algunos detalles biográficos.

Salmerón, estudiante.

Ha fallecido á los 70 años de edad. Nació en Alhama la Seca (provincia de Almería) el 10 de abril de 1838. En Almería hizo los estudios de segunda enseñanza. Después se trasladó á Granada en cuya Universidad cursó la carrera de Filosofía y Letras y la de Derecho. Ambas las terminó en Madrid, á donde se trasladó en 1856. Sanz del Río, su maestro, conoció muy pronto el mérito de Salmerón, en quien halló un sucesor de su doctrina y un continuador de la obra de su pensamiento. Salmerón sobresalió entre sus compañeros, ya por su talento, ya por su incansable amor al estudio. Terminadas las dos carreras que se han dicho, acudió al Ateneo de Madrid, centro en el que expuso con franqueza sus opiniones, declarándose demócrata socialista y ganando en breve fama de tribuno elocuente y de profundo filósofo. Más tarde se dedicó al periodismo (1860) y se contó, aunque por breve tiempo, entre los redactores de *La Discusión*, diario madrileño. También fué redactor de *La Democracia*; pero ciertas cuestiones de doctrina le obligaron á separarse de dicho periódico, que también veía la luz en la capital de España.

Salmerón, profesor.

Cediendo á su vocación por la enseñanza, muy propia del carácter reflexivo que tenía, logró ser nombrado catedrático auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. En reñidas oposiciones á la cátedra de Historia, vacante en la Universidad de Oviedo, conquistó en 1864 el primer lugar de la terna. Deseando permanecer en Madrid, solicitó una plaza de profesor supernumerario, á la sazón vacante en la Universidad Central; pero el ministro de Fomento no se la dió, á pesar de no ser la primera concesión que hacía de este género. Sacada la plaza á oposición, la obtuvo después de brillantes ejercicios.

De acuerdo con Castelar, á quien se había despojado de su cátedra de Historia de España, que fué sacada á oposición, concurrió á esta nueva lid intelectual con el propósito de conservar para el insigne orador aquel puesto, en el caso de que el tribunal se la concediera á Salmerón; pero éste no pudo realizar sus deseos porque los jueces desestimaron sus ejercicios, no porque fueran malos, sino porque no se ajustaban á las disposiciones de la ley de Instrucción pública. Por oposición entró á desempeñar una cátedra de Filosofía en la

Universidad central, en 1866, y por el mismo medio se le dió en aquel centro de enseñanza la cátedra de Metafísica, en 1869, cargo que ha venido desempeñando hasta la fecha de su fallecimiento, interrumpido únicamente en el período que pasó en la emigración, expulsado de España, después de la Revolución.

Salmerón, político.

De todos conocido ya por sus ideas avanzadas fué nombrado en 1867, individuo del Comité democrático establecido secretamente en Madrid. De aquí su prisión, verificada por la policía á altas horas de la noche del 13 de junio de 1867. Cinco meses permaneció Salmerón en la cárcel del Saladero. Puesto en libertad, su salud muy resentida le obligó á ir á su pueblo natal, en el que, á poco de llegar, cayó gravemente enfermo. Convaleciente vivía Salmerón en la ciudad de Almería, decidido á trasladarse en breve á Madrid, cuando estalló la revolución de septiembre, en 1868. Entonces marchó apresuradamente á la capital de España, en la que fué elegido presidente de la Junta revolucionaria. Iniciadas las reuniones públicas que habían de dar vida á los nuevos partidos, Salmerón concurrió á una reunión celebrada en el Circo Price. En esta reunión se limitó á recomendar á los reunidos la mayor reflexión antes de decidirse por la forma de Gobierno. Los individuos del Gobierno provisional suscribieron un acta á favor de la monarquía. Salmerón se negó á firmar dicho manifiesto y se apartó de los que lo habían suscrito. Poco después se realizaron las elecciones de diputados para las Cortes constituyentes de 1869. Al presentar su candidatura por Huerca Overa (Almería), publicó Salmerón un extenso manifiesto, que algunos han calificado de Constitución en regla. No obstante su forma, fué derrotado por el caciquismo.

Por primera vez logró ser diputado en 1871. Figuró en aquel Congreso entre los jefes del partido republicano, y pronunció un elocuente discurso para demostrar la legalidad de la Internacional.

Volvió al Congreso en 1872, y como era diputado en 1873, dió su voto por la República el 11 de febrero, después de haber sido aceptada la dimisión de Amadeo I.

Elegido inmediatamente el Poder Ejecutivo, á Salmerón se confió la cartera de Gracia y Justicia el 13 de febrero, bajo la presidencia de D. Estanislao Figueras, que con todos sus compañeros se retiró del Gobierno en 7 de junio del mismo año. Transcurridos algunos días, Salmerón fué elegido presidente de las Cortes en 13 de junio. En el discurso de gracias recomendó á los diputados que procurasen amparar los intereses del país; pidió que se hiciese una República para todos los españoles; proclamó la República federal; aconsejó que la minoría se disciplinase y que fuese pru-

dente la mayoría. Antes se había negado á entrar en el ministerio que presidía Pi y Margall. Este no tardó en renunciar á la presidencia del Poder Ejecutivo después de la insurrección de Cartagena. Entonces Salmerón, que para sucederle obtuvo 117 votos contra 93 que deseaban la continuación de Pi y Margall en el Gobierno, aceptó la presidencia de la República, teniendo por ministros á Soler y Plá (Estado), Maisonnave (Gobernación), José Carvajal (Hacienda), González Icar (Guerra), Moreno Rodríguez (Fomento) y Palanca (Ultramar).

Salmerón, jefe de Estado.

Esto sucedió el 18 de julio de 1873. Al presentarse en las Cortes dió las gracias á los que le habían honrado con su voto. Se felicitó de que la izquierda hubiese ido al Parlamento; declaró que continuaba siendo republicano federal; encareció la necesidad del orden y afirmó que sería inexorable con los trastornadores de la paz, castigando á los jefes lo mismo que á los soldados. Luego pidió consejo sobre la guerra civil y la reorganización del ejército á los generales marqués del Duero, marqués de la Habana, Turón, Quesada, Mata y Alós, Makenna, Semerik, Izquierdo, Jovellar, Balmaseda y otros; hizo algunos nombramientos oportunos; disolvió los regimientos que habían fraternizado con los cantonales; declaró piratas á los tripulantes de los buques sublevados, y pidió á las Cortes autorización para que las Diputaciones provinciales pudiesen imponer contribuciones á los carlistas.

En vano trabajó para que el cantón valenciano reconociese á la Asamblea y al Gobierno. De aquí que diese á Arsenio Martínez Campos el mando militar de Valencia y del ejército de operaciones en aquel distrito, con lo que consiguió que las tropas vencedoras entrasen en Valencia en 8 de agosto. Al mismo tiempo confió á Pavía la campaña contra los cantonales andaluces, siendo el resultado también favorable al Gobierno, que tampoco descuidó el sitio de Cartagena. Intentó además Salmerón restablecer el cuerpo de artillería, pero no pudo conseguirlo por los obstáculos que le pusieron hombres tan influyentes como Castelar.

Había sido siempre partidario de la abolición de la pena de muerte. Las Cortes discutieron en aquellos días la conveniencia de aplicar ó no aquella pena; Salmerón, firme en sus convicciones, que mantuvo hasta sus últimos momentos, dimitió la presidencia de la República por no firmar una sentencia de muerte, el 7 de septiembre de 1873. Le sucedió Castelar, que dejó vacante la presidencia de las Cortes, puesto al que fué elevado Salmerón al cabo de dos días por unanimidad de votos. He aquí las palabras que ante la Cámara pronunció Salmerón poco antes de dejar el Gobierno:

Mientras no se inspire (la Cámara) en otros principios, mientras no tenga otro sentido, mientras estos estrechos moldes de los partidos políticos no se abran y deje de haber ese egoísmo, esa pasión mezquina y satánica, que á mi me entrista, yo he muerto para la política contemporánea, porque creo que por ese medio, ni el derecho, ni la civilización, ni el progreso, ni la justicia, se afirmarán jamás en los pueblos modernos.

Campañas políticas.

A los pocos días de ser presidente de las Cortes éstas suspendieron sus tareas, que reanudaron en 2 de enero de 1874. En el interregno parlamentario el ministerio de Castelar se enajenó antipatías. Al abrirse de nuevo las Cortes en la fecha citada, Salmerón continuaba siendo su presidente y Castelar era aún jefe de Gobierno. Al presentar la dimisión Castelar, tratábase de organizar otro ministerio presidido por Salmerón, cuando las tropas que mandaba el general Pavía disolvieron por la fuerza

aquellas Cortes, no sin que Salmerón, desde su presidencia, con aquel gran valor cívico que le distinguía, propusiera a los diputados, el 3 de enero, la resistencia pasiva. Fuera del salón de sesiones, Salmerón, con veinte ó treinta diputados, entró en el archivo, pero a los pocos momentos salió a la calle. Al día siguiente presentó al Tribunal Supremo de Justicia la denuncia contra el golpe de Estado realizado por Pavía; pero el Tribunal le contestó aceptando los hechos consumados. Apartado de la vida pública desde aquel crimen político presenció con disgusto la proclamación de D. Alfonso (1874).

Con otros varios catedráticos, con Linares, ha poco fallecido, con el Dr. Simarro, que en la actualidad se encuentra en Barcelona, fué despojado de su cátedra en 1875 y se vió obligado a refugiarse en Francia. En París hizo causa común con Ruiz Zorrilla, con quien firmó dos manifiestos republicanos dirigidos a los españoles, en septiembre de 1876 y en diciembre de 1879. Con el mismo político y con otros muchos suscribió el manifiesto que en abril de 1880 señaló el movimiento del partido republicano progresista, cuya jefatura se confió a Ruiz Zorrilla. En Francia conquistó gran crédito y notoriedad como abogado y en tal concepto, ejerciendo, ganó el sustento para los suyos que le acompañaban en el destierro.

Llamados al poder los liberales en febrero de 1881, Albareda, ministro de Fomento, repuso en sus cátedras a los profesores separados por Oranio, en 1875, y el Gobierno decretó la amnistía para todos los desterrados políticos. Entonces Salmerón visitó temporalmente la capital de España, pero aún vivió algún tiempo en la de Francia. En 1884 fijó su residencia en Madrid, volviendo a explicar su cátedra de Metafísica, que siguió desempeñando hasta el momento de su muerte en la Universidad Central, luciendo su profundo juicio filosófico, su erudición vastísima en la materia y su incomparable palabra. Como candidato del partido republicano progresista fué elegido diputado a Cortes por Madrid, en abril de 1886; y proclamado como a tal, el 14 de mayo, no juró, pero prometió respeto a la Constitución el 11 de junio.

Hallábase recorriendo el Noroeste de España, donde había pronunciado algunos discursos políticos, cuando estalló en Madrid, el 19 de septiembre de 1886, un movimiento republicano, sublevándose los regimientos de Garellano y Albuera con el general Villacampa. Regresó apresuradamente a dicha capital y dirigió los trabajos de la minoría republicana del Congreso, encaminados a obtener el indulto de Villacampa y de otros sublevados. A nombre de dicha minoría visitó a Sagasta, presidente del Consejo de ministros, para pedirle el perdón de aquellos gloriosos revolucionarios, amenazados con la pena de muerte. Villacampa y sus compañeros conservaron la vida.

Transcurridos algunos meses, Salmerón concurrió con sus amigos a la Asamblea del Partido Republicano Progresista celebrada en Madrid, y no estando conforme con los acuerdos de la mayoría de la misma se retiró de ella antes de que terminaran sus sesiones. Los diez comités de distrito que en la capital de España tenían los republicanos progresistas, censuraron la conducta de su representante en el Congreso, y entonces Salmerón, reconociendo que estaba en desacuerdo con los electores, renunció al cargo de diputado. No mucho más tarde, con Azcarate, Pedregal, Labra y otros políticos ilustres, organizó el Partido Republicano Centralista, que le reconoció por jefe. Asistió a la Asamblea Republicana verificada en Madrid en 1890 con propósitos de celebrar la Unión Republicana; pero en ella al tomar acuerdos, unió sus votos a los de los diputados republicanos que allí quedaron en minoría, y

para explicar su conducta publicó un manifiesto en *La Justicia* (11 de marzo), diario madrileño y su órgano en la prensa.

En las elecciones generales para diputados a Cortes, hechas más tarde, siendo Cánovas jefe de Gobierno, Salmerón presentó su candidatura por el distrito de las Afueras, habiéndosele arrebatado ignominiosamente el acta por el caciquismo, a pesar de haber salido triunfante por una inmensa y abrumadora mayoría de sufragios. Pero aquellas Cortes terminaron su vida sin que Salmerón hubiese tomado asiento en ellas.

Con Pi y Margall y los representantes del partido republicano progresista acordó en los comienzos del año de 1893 las bases de una coalición republicana aceptada por Ruiz Zorrilla y que apareció con gran fuerza en el mitin republicano celebrado en Madrid la noche del 4 de febrero de 1893 en el Circo de Rivas. Allí pronunció un elocuente discurso, y otro en Zaragoza, en un mitin verificado pocos días después, el 20 de febrero, en el Teatro de Goya, donde al salir el público se halló debajo de una butaca del salón de descanso una bomba cuya mecha apagó un obrero. Resultado de la coalición republicana fué el triunfo completo de la candidatura republicana, en la que iba comprendido Salmerón, en la capital de España, al hacerse nuevas elecciones de diputados a Cortes por el Gobierno que presidía Sagasta. Además, Salmerón fué elegido, con un espléndido triunfo, diputado por las Afueras, encontrándose en esta capital el día de la elección. En seguida regresó a Madrid, en la que fué recibido el 15 de marzo de 1893 en la estación por un gran número de republicanos que le acompañaron hasta su casa.

Aquellas elecciones constituyeron una fecha gloriosa para el partido republicano de Barcelona. Luchóse con tino. Y a pesar de las inmensas, de las inauditas coacciones y de los atropellos de la fuerza pública, se obtuvo un señalado triunfo. La voluntad popular se impuso con el nombre glorioso de Salmerón.

En otro viaje de propaganda visitó, pronunciando discursos, Badajoz, donde se celebró un mitin, el mes de junio, de republicanos españoles y portugueses, Ciudad Rodrigo y Salamanca, el día 27. Después recorrió Asturias, dejando oír su voz en Gijón, el 11 de septiembre, Oviedo, día 18, y otras poblaciones. De vuelta en Madrid, inició conferencias del nuevo curso en el Círculo de «La Unión mercantil», desarrollando el tema de la moralidad pública el 11 de noviembre de 1893. En octubre del año siguiente marchó a Lisboa; pero antes de que realizase allí acto político de ninguna importancia, el Gobierno portugués, decretó su prisión, que fué muy breve, y su expulsión del territorio portugués, inmediatamente realizada. Resuelta por Sagasta una crisis, dando la cartera de Ultramar al posibilista Abarzuza, Salmerón en el Congreso, tratando el asunto, pronunció un discurso de enérgica oposición y censuró con la mayor dureza, el 29 de noviembre de 1894, la conducta del nuevo ministro, renegado de la República, republicano hasta la víspera de su entrada en el Gobierno. Abarzuza envió sus padrinos a Salmerón, que nombró los suyos, pero no llegó a verificarse el lance.

No es para olvidada la parte activa que Salmerón había tomado algún tiempo antes en la campaña obstruccionista de los diputados republicanos para impedir el aplazamiento de las elecciones municipales. Al efecto había pronunciado varios discursos en la famosa sesión del Congreso comenzada en la tarde del 10 de mayo y acabada en la del 13 de dicho mes del año 1893. Concurrió más tarde a la inauguración del «Centro Republicano de Castellón de la Plana», en el que, en un discurso, declaró, el 17 de diciembre de 1894, que era necesario permitir en la evolución,

considerando la revolución como el último instante de aquella. Añadió que era necesario respetar ciertos derechos de la Iglesia, combatiéndola en caso de que provocara la guerra por intransigencia del fanatismo. Dijo también que hacía falta organizar y enaltecer el ejército, la justicia militar y la reorganización del material de guerra, agregando que no pediría al ejército que se sublevara, si bien trataría de convencerle de que la monarquía era incompatible con la felicidad del país y el bien de la patria. Otro discurso semejante pronunció en Valencia, el 19 de diciembre.

En febrero de 1896 intervino en los debates del Congreso al discutirse las causas de la crisis que había dado estrado en el Gobierno a los conservadores, presididos por Cánovas.

Fué elegido diputado con el Gobierno de Sagasta, habiendo quedado sin acta con el Gobierno de Silvela y con el de Sagasta, no volviendo al Parlamento hasta después de formada la Unión Republicana, el 26 de abril de 1903, que salió diputado por Barcelona por 35,720 votos.

Antes había dejado oír su palabra de protesta por los desastres coloniales, interviniendo en la campaña para la reivindicación de las víctimas de Montjuich.

Recientes son sus campañas que realizó al frente del poderoso partido de Unión Republicana, recorriendo muchas provincias de España, propagando sus ideales, interviniendo en todos los debates parlamentarios, haciendo valer su gran prestigio y su inmensa autoridad.

El 25 de septiembre de 1904 llegó a Barcelona, asistiendo a la merienda del Coll, aquella grandiosa manifestación de la vida republicana de un pueblo. Puso su primera piedra, en la construcción de la Casa del Pueblo (esa casa que después han prostituido los logreros de la política). Pronunció en aquel acto, el día 25, un elocuente discurso político, y el día 27 pronunció en el mismo punto un admirable, un grandioso, un inmenso discurso, de carácter social, dirigido a los obreros.

Después de estos acontecimientos pasó a Zaragoza, donde pronunció un discurso de propaganda, en la Plaza de Toros. A consecuencia de estos actos sufrió una grave enfermedad que debilitó muchísimo sus energías y sus fuerzas. Repuesto, continuó con igual energía sus campañas, habiendo sido elegido últimamente diputado por Barcelona el 10 de septiembre de 1905.

Y vinieron después los hechos tristes del 23 de noviembre de 1906. Presentóse la ley de Jurisdicciones en el Parlamento. Levantóse entonces y pronunció un discurso de protesta por los hechos, de protesta por el proyecto de ley y después de haber aconsejado el abrazo de todos los catalanes, aconsejó la retirada del Parlamento.

Salmerón y Cataluña.

Cataluña quiso testimoniar su agradecimiento a cuantos diputados y senadores habían defendido su dignidad y su derecho en las Cortes. Celebráronse las grandiosas fiestas del Homenaje del 20 de mayo. Salmerón entró, como otras tantas veces, triunfalmente en Barcelona, y presenció la manifestación inmensa en el Salón de San Juan, pronunciando en la cumbre del Tibidabo el discurso, definiendo Solidaridad, propalando la buena nueva a los cuatro vientos.

Este hecho le inmortaliza. Los catalanes todos le abren las puertas de su corazón. Alomar le proclama el castellanó glorioso y Maragall escribe uno de sus más sentidas páginas de poeta. Los buenos, los sabios, los honrados, le aclaman. Los logreros, los farsantes, los traidores; el detritus del partido, le apostrofa, le escupe y le denigra.

¡Cuán gloriosa su epopeya! Para elevarle aun más vese injuriado.

Con entusiasmo acepta Salmerón la idea

de Solidaridad. Es su más ardiente defensor, su más grande caudillo. Con su palabra eleva al pueblo. Su actitud noble, despierta los odios de cuantos le sentían por Cataluña y de cuantos prostituían el nombre de la libertad, negociando con la política.

Llega Salmerón después á Cataluña para presenciar la campaña electoral. Es recibido en Las Borjas Blancas por todo el pueblo de las comarcas de Lérida. Allí tiende las manos, como símbolo de libertad y tolerancia, á mosén Sala. Y este abrazo, que fué la más grande expresión de su espíritu civil, avergonzó á los necios y á los malvados.

Entra en Barcelona, y un espíritu cobarde, necio y fatuo, ese pobre hombre que se llama Lerroux, escribió una página vergonzosa. Recogió barro y lo quiso arrojar á la inmaculada frente de Salmerón. Lerroux quedó manchado para toda su vida. Era muy alta la figura de Salmerón y muy torpe el brazo que lo arrojaba. Después Lerroux pronunció un discurso contra Salmerón, diciendo que sus ex amigos serían los primeros en recibir el bautizo de sangre. Lerroux entonces se manchó de sangre. Llovieron sobre Salmerón entonces toda suerte de anónimos amenazadores. Imperturbable, lleno de serenidad y energía, recorrió la mayor parte de los distritos de Cataluña, infatigable y entusiasta.

Y vino el atentado de Hostafranchs. La kábila convirtiéndose en horda de asesinos. Atentóse contra la vida de Salmerón, en la más innoble de las formas, en la mayor vileza. Aquel hecho indignó á todos los hombres de corazón. Salmerón continuó, lleno

de valor cívico, toda su campaña. Vino el grandioso triunfo de Solidaridad. Mientras su brazo ha tenido energía, mientras su voz vibraba, combatió con ardor por Cataluña, por Solidaridad, por la libertad, por el derecho, por la república.

Cataluña le debe homenaje eterno. En España, contra toda la opinión, contra las furias desatadas por los liberales monárquicos y por la prensa madrileña, mantuvo la bondad catalana. Fué su acción la más noble y la más patriota que registra la historia. Se quería empujar á Cataluña al separatismo. Salmerón quiso que Cataluña, en onda de amor, entrara en España y que España entrara en Cataluña.

Su obra literaria.

Corto es el bagaje literario que deja Salmerón. Sus ideas las exponía con su palabra ardiente, solemnemente, vigorosa. Residiendo en París, Salmerón, con Fernández de los Ríos, y Tomás Rodríguez Pinilla, tradujo al castellano los *Estudios sobre la historia de la Humanidad*, por Laurent, publicándose esta traducción en Madrid, (1879), cinco tomos en folio. Es muy notable el trabajo que sobre el «Concepto de la Metafísica» publicó en la *Revista de la Universidad de Madrid*. De sus discursos parlamentarios existe una edición (Madrid, 1881, en octavo mayor), con un prólogo de don Gumersindo de Azcárate.

Ha muerto pobre. Fué sobrio, virtuoso, honrado. Amó á su patria y á la libertad y sirvió al derecho. Legó á los suyos el gran caudal de un nombre glorioso y de sus virtudes.

Documentos de opinión

El problema catalán juzgado por Salmerón

El 19 de junio de 1907, al discutirse el mensaje de la Corona, definió Salmerón con admirable franqueza y valentía Solidaridad Catalana. De aquel extraordinario discurso reproducimos los extremos que consideramos de palpitante actualidad.

Republicano irreductible.

El Sr. Salmerón: Señores diputados: el respeto á las condiciones en que deben actuar, en mi sentir, en el Parlamento los que han sido á él enviados para cumplir una misión que encarna en reales, positivas aspiraciones del país, me obliga á comenzar mis palabras definiendo, ante todo, mi situación en este debate y aun determinando mi posición en esta minoría.

Espíritus simplistas que á la par se han mostrado mal intencionados, cosas que suelen ir juntas, porque en los amplios horizontes mentales no se ofrecen tortuosas encrucijadas que pueden servir de guardia á siniestras intenciones, han querido intentar al tratarse de mi actitud, hacer aparecer, en cierto modo, que yo abandonaba la representación de toda mi vida en defensa de ideas, no sólo encarnadas en mi pensamiento, sino en todos los actos de mi vida, para venir á emprender un derrotero en el cual pudiera menguar ó padecer la representación de mis aspiraciones republicanas absolutamente irreductible con toda relación respecto del régimen imperante.

Hubiérase tributado el debido respeto á aquellas manifestaciones de la opinión respecto de las cuales se ha demostrado una cardinal coincidencia entre la representación de aspiraciones de Cataluña y las peculiares del diputado que tiene el honor de dirigiros la palabra hubiérase tenido en cuenta el que había determinados precedentes en este movimiento, verdaderamente esplendoroso de la voluntad española, y no se habría podido en modo alguno pensar que venía en ello á padecer la integridad de las ideas, de las aspiraciones republicanas de quien había manifestado que tenía á título de honor el llevar

la representación de Barcelona, aun por encima de la que es peculiar á la jefatura del partido republicano. (*Aprobación en la izquierda*). Y había yo dicho esto en condiciones tales, en que era absolutamente indispensable rendir tributo á la verdad; mas parece como que de ella estamos sistemáticamente divorciados y queremos perdurar en esta triste, deplorable farsa, en la cual la verdad no se labora en el cerebro, y la rectitud, por eso mismo, no se determina en la conducta.

Yo vengo á este debate, así lo veis, como tuve el honor de intervenir en la iniciación del gran movimiento de Solidaridad Catalana, con la plenitud de mi representación, con ésta que de siempre me ha permitido afirmar que hay jerarquías en aquellas condiciones que determinan la acción de la vida política, esta representación que me ha hecho afirmar constantemente que reputo como obra completamente estéril, si no artificiosa, la de los partidos políticos cuando no la guía y no la inspira un alto ideal enderezado á mejorar las condiciones de la Patria, á dignificarla, á enaltecerla.

Yo he sostenido siempre que, antes que rendir tributo, que me pareciera abstracto, á los meros ideales de partidos, en que al cabo se divide la sociedad en que se actúa, pienso atender á que existen condiciones fundamentales de las cuales pende precisamente el bien posible que haya de resultar en esa contienda de partidarios. Y esa primordial condición es la de que haya un pueblo que actúe, la de que haya un estado social en que la política encarne; que sin esas condiciones es obra efímera aun aquella que puede parecer coronada por el éxito, y esto ha venido á sellarlo el movimiento del siglo XIX en nuestro país, en el cual hemos ido de tumbo en tumbo, oscilando entre rebeldes y serviles, sin haber llegado á hacer estado y firme asiento en la condición de ciudadanos libres. (*Muy bien*).

Impórtame, pues, que ante vosotros todos—en Cataluña no lo necesitan,— que ante vosotros todos aparezca perfectamente afirmada y reafirmada mi representación de republicano irreductible, de republicano, no sólo en

el orden de las convicciones que se elaboran en conceptos de la mente, que determinan postulados de la voluntad, sino de aquellas que surgen de la propia experiencia, del sentimiento hondo y vivo de la realidad patria; que yo soy republicano precisamente porque me siento muy español y porque he llegado á elaborar la firme convicción de que en la situación española es absolutamente incompatible el régimen que existe con la dignidad, no ya con la prosperidad de la patria. (*Muy bien en la minoría republicana*).

La Nación y el Estado.

¿Habrá alguien que niegue que en el proceso de nuestra historia, señaladamente en este medio en el cual actuamos, no están viviendo dos señales patentes en la relación convergente de la acción de fuera y de la acción de dentro de las cuales resulta que hay una radical inversión en estos términos de Nación y Estado? ¿Habrá alguien que niegue que España ha perdido su representación mundial? ¿No lo llevamos todos en el fondo de nuestra alma, con perdurable dolor, con la tristeza de que quizá no exista posible remedio de restauración de esa representación de España en el mundo? ¿No lo oísteis ayer ó el otro día de labios de quien ha sabido enaltecer la representación del Ejército, que en la hora presente se encuentra en esta propia situación de crisis, de que yo quisiera hacerme eco ante vosotros en forma viva como aquella que brota del fondo de mi alma? ¿No tenemos todos la firme convicción de que España ha sido perdida por sus Gobiernos y de que no se pone en condiciones de proveer á las necesidades apremiantes, imperiosas de la representación que le resta en el mundo? Pues qué, ¿se ha hecho algo que en ese camino de degradación, de impotencia arguya que en España se restauran sus fuerzas para poder recobrar su representación en el mundo civilizado? ¿No han transcurrido diez años sin que hayáis hecho cosa alguna que haya podido venir á restaurar nuestro poder militar, á ponernos en condiciones de defensa, siquiera aquellas honorables de que si no lográsemos la victoria pudiésemos sacar incólume el honor? ¿Queda algo para que el pesimismo no se apodere de nosotros en aquellas tristes condiciones en que hablaba, reservando para sí buena parte de optimismo, mi querido amigo, Sr. Hurtado? ¿Queda algún medio para que España recobre su representación mundial?

¿Se ha hecho de eso, propia, viva, intensa cuestión de ese Gobierno, ó aquellos que se han sucedido desde el año 1898? ¿Es nuestra cuestión que entre en el horizonte mental de quien tiene la representación augusta del Estado en España?

Cuestiones son estas de tal naturaleza, de índole tal, que á todos nos hacen llorar, llorar hacia dentro, y ya venimos siendo en cierto modo de tal manera insensibles ante tan intenso duelo, que creemos que se podrá remediar esos males con una parodia de fuerza militar ó con un ensayo efímero, y que será frustrado de reconstitución interior.

Y si convergís vuestra atención hacia la vida interior de España, decidme:

¿Es que no está en la conciencia de todos los españoles que llegan á darse cuenta de la situación de su patria, en todos aquellos en que se produce el conflicto de las aspiraciones, de los intereses individuales ó colectivos con la alta representación de la vida nacional en el Estado, es que no hay la firme, la íntima convicción en todos, de que aquí están por tal modo invertidos los términos que el Estado domina á la nación y que la Monarquía domina al Estado, y tras de dominar la Monarquía, necesitan indefectiblemente sus retoños, los caciques, dominar y explotar el país? ¿No hablamos todos en España, en esta triste España, de que el Estado, en vez de favorecernos, en vez de protegernos, en vez de enaltecernos nos abandona, nos persigue, nos oprime? ¿No estamos viendo la frecuencia con que se produce este siniestro fenómeno de que hay muchos españoles que viendo sistemáticamente lesionados sus intereses, manifiestan su voluntad de abandonar la nacionalidad española para cobijarse bajo pabellón extranjero, con la idea de que es el pabellón extranjero más eficaz para la defensa del derecho y de los intereses que lo es la patria, representación del Estado, para defender y amparar al nacional? ¿Hay alguien que pueda negar estos hechos que penetran en el fondo de nuestra alma y que arrancan tiras de nuestra piel y sangran, sin que haya posibilidad de reme-

dio en las condiciones actuales en que ese régimen se desenvuelve?

Y si esta es la verdad, Estado imponente, para la defensa de la nación, Estado dominador, Estado absorbente, Estado explotador, ¿qué extraño es que cuando se han venido a sellar condiciones de tal gravedad como las que determinaron la pérdida del imperio colonial, las que hicieron pensar á España que ya no le quedaba ni en una pulgada de tierra la señal de antiguas empresas heroicas, de haber integrado á la humanidad en la posesión de la tierra, mientras que otros pueblos menos vanidosos, pero más afortunados y diligentes entraban en la plena posesión de la conciencia humana, tras la cual podría fácilmente venir la posesión de la tierra, que al cabo en la relación de un esfuerzo personal el dominio se determine por modo indefectible?

Las regiones.

Y claro es que si hemos de analizarlo de tal suerte que podamos adquirir la positiva convicción indispensable en el hombre de Estado para realizar obra provechosa, hemos de pensar cuál es en esta situación de España la parte sana, la parte vigorosa, aquella en la cual pueda arraigar en lo sano, por un proceso robusto y normal, esa iniciativa de restauración de las fuerzas nacionales; y yo de mí sé decir, no sólo por imposición ó dictado de discurso racional, sino recogiendo del proceso de la historia como lección de experiencia, que la tradición no nos ha legado nada vivo en cuanto á cuerpos de la nación más que la existencia de las regiones, y la existencia de las regiones en aquella diferencia patente, ostensible que en el estado actual aparece; porque, ¿quién de vosotros hay que no sienta, cuando toma lección de cosas, como comienza á decirse en Alemania y ya se ha extendido por el orbe entero, en el estudio de la patria española, quién de nosotros hay que no sienta, visitando nuestras diversas comarcas, que estas creaciones ficticias, estériles, con respecto para todos, y la verdad lo pone en mis labios, menguadas de la actual división de las provincias españolas, no alientan en sí nada de vivo, nada de fecundo; que cuando España se ha encontrado en momentos de crisis ha sido allí donde estaba viva la región, donde se han producido las propias iniciativas, las propias energías españolas?

Nuestra guerra de la Independencia, el movimiento del año 1820, el de la Junta Central de 1840, el movimiento del año 1868, ¿qué otra cosa son, cuando se ha determinado un movimiento convulsivo en la existencia de España, que la afirmación vigorosa, sana y fecunda de la existencia de las regiones en la apenas soñada y cantada por poetas, pero no vívida y encarnada en la realidad existencia de una nacionalidad que fué atrofiada cuando comenzó á formarse? Tan dura como queráis, tan amarga como se siente, pero ¡esta es la verdad!

Y si á la contemplación real nos acercamos, yo os invito á que seriamente lo penséis conmigo y notaréis qué género de divergencia hay en lo que pudiéramos comenzar por llamar la tonicidad de la vida, las peculiares condiciones de la expansión de las energías sociales, la determinación de sus condiciones efectivas, aparte aquellas bienhechoras y fecundas que el proceso de la tierra marcara con signo mudo en nuestro suelo.

Existe de unas á otras comarcas de España bien determinada, bien trazada, la existencia de vigorosa personalidad en Cataluña, un poco más tenue en Valencia y Aragón, determinada en Galicia y en Asturias, resto del proceso de antigua civilización de raza, no incorporada ni fundida en el progreso de la civilización posterior, en las provincias vasconavarra; en estas llanuras castellanas, asiento antiguo de período terciario, con una falta de tonicidad, de existencia vigorosa, intensa y enérgica, que hace que allí no tome particular relieve la aspiración determinada de los habitantes, porque ni siquiera la tiene el suelo de la tierra; y un poco, como en proceso, en Andalucía y Extremadura. Y, ante esas condiciones, ¿cuál es la obra del estadista? ¿Por qué obra clama España? ¿Qué es lo que necesitan hacer los Gobiernos? ¿Espantarse del movimiento vigoroso, saludable, enérgico, bienhechor, santo, de una región que siente vivamente su personalidad, ó tomar eso como signo fatídico de próximo desastre nacional? ¿Es que pueden pensar los estadistas que se encuentran con este problema de

esa suerte planteado, que cabe pensar en que se restauran las propias energías nacionales con la invocación de la patria española, que se identifica con el cacique? Eso no merece más que la indiferencia y el encogimiento de hombros en quien siente intensamente la vida nacional, la enérgica protesta de que con aquello no hay posible redención.

La nación catalana.

No iríamos, pues, por buen camino pretendiendo nosotros, en cualquier forma que fuese, aun aquella de la ironía y del sarcasmo, que no sé si es lícita en cosas de tanta trascendencia como las que nos ocupan, decir que es vana ó necia pretensión la que pueden tener los catalanistas de estimarse como nación. Si en el proceso de la historia las naciones se fundan, las naciones se forman, las naciones se deforman, mientras exista una propia unidad personal propiamente irreductible en la conveniencia social, allí está el germen de una vida nacional, que si no sabéis incorporar en más amplio curso y dirigir por más amplio cauce, clamará por su existencia personal y perturbará la vida del conjunto al cual se la retenga unida. (*Muy bien en la izquierda. Rumores*). La historia es esa; contra la historia no valen argumentos; puede la historia enderezarse, pero ¿sabéis cómo se endereza, señores diputados? No sólo con más altas ideas; con superiores obras.

Pensadlo bien; si en vez de nuestro desastre colonial España hubiera vencido; si su poder colonial hubiese arraigado, si hubiese podido repercutir en la vida interna de la nación el más amplio desarrollo económico, si se hubiera sentido ufano y orgulloso el español de pertenecer á esta nación ó á este Estado, como queráis, ¿se habría determinado sobre las bases que luego apuntaré este movimiento de protesta en Cataluña, del cual ha nacido en definitiva Solidaridad Catalana? Tengo por cierto que no; allí se han juntado una serie de condiciones y la eficiente es el sentimiento de su personalidad; pero esa no habría bastado contra las otras.

Lo decía aquí hace algún tiempo el señor Zulueta; no os preocupéis, decía ó cosa parecida, de lo que pueden ser las aspiraciones de Cataluña; si España prospera, si España crea elementos de riqueza, si llega á abrir mercados en el mundo, si logra hacer que su actividad se incorpore á la actividad mundial, no lo dudéis, el órgano que encuentre creado ese será el que utilizará, y no habrá nadie que con olvido del apremiante consejo de su conveniencia económica vaya á pretender ninguna restauración particularista cuando tiene un órgano de carácter universal que le sirve en el mercado del mundo. (*Rumores*).

Esa es la realidad de la vida; yo no hago argumentos teóricos, quiero apartarme en absoluto de ellos; digo lo que es, digo lo que se practica, digo lo que se hace.

El programa de la Solidaridad.

En suma, Solidaridad Catalana representa esto: la expresión de la voluntad de un pueblo que no quiere volver á que su representación se suplante en las Cortes españolas, y en lo interno la afirmación reviste este doble aspecto: el ideal y el práctico; la aspiración á que se reconozca la personalidad de la región catalana que va en el ideal hasta allí donde la llevan aquellos que, como el Sr. Puig y Cadafalch, entienden que eso se ha de reintegrar en todas las condiciones en que la vida acción personal irradie, y como, señores diputados, en la política no se debe jamás hipotecar el porvenir, ni se deben hacer las cosas atropelladamente, sino metódicamente, grado por grado, en la medida de la eficacia del resultado que se obtenga, nosotros tenemos el compromiso moral que nos obliga á demandar hasta obtener el programa mínimo del Tivoli. (*Rumores*).

Y como en ese programa nada hay que pueda crear dificultades para estos Gobiernos, á los cuales no quiero llamar centralistas, porque ya es apellido que toda conciencia recta repugna y que quien conozca el estado de España ha de abominar, como no hay nada ciertamente peligroso para el Gobierno, ¿qué dificultad habían de tener en que se afirmase esa personalidad, en el reconocimiento de un órgano que á título de consejo quiere pedir ante el Estado en España, y quiere ofrecer ante el país el ejemplo de saber administrar mejor los intereses morales, que el Estado mismo, en cuanto á la región catalana?

Y como no va más allá por el momento nuestra aspiración, como ni los que más quie-

ren, ni aquellos que hemos suscrito esas soluciones pretendemos hipotecar el porvenir, como las dejamos abiertas á toda serie ulterior de resoluciones, nosotros decimos: el Gobierno es árbitro de la paz y la concordia de Cataluña con España; si no accede á eso, él provocará la guerra, y una vez emprendida la guerra, ¿quién sabe á quién corresponderá la victoria! En la Historia he aprendido que la victoria corresponde á quien mejor piensa y á quien más voluntad tiene, y yo fío en que no faltan esas condiciones en Cataluña. (*Aprobación en la izquierda*).

No queremos nosotros, porque no lo quiere Cataluña, nada á título de excepción ni de privilegio; lo que para sí demanda, porque tiene la conciencia de que le pertenece de derecho, quiere que se extienda á todas las regiones españolas. Hay, desgraciadamente, en la hora que corre, una cierta voluntad pasiva é inerte, porque no luce vigorosamente en el cerebro de los españoles esta redentora aspiración. Nosotros iremos á esas regiones españolas á decir: *Sursum corda*; iluminad vuestra inteligencia, vigorizad vuestra voluntad, demandad lo que de derecho se os debe y apercebíd vuestro brazo, porque donde está el derecho allí debe estar la fuerza para su sanción definitiva.

La ley de Jurisdicciones.

Tenemos en estos cuadernos que podemos decir que hemos recibido con nuestras actas, en los que se consigna la voluntad de Cataluña, el imperioso deber de demandar que una vez que en Cataluña fué recibida como ley de odiosa excepción, una que en realidad implica una derogación de los más racionales y fecundos principios que la vida moderna ha establecido y que en la concreta relación á los institutos armados representa una desconfianza de que no puede la conciencia popular darle aquel amparo que la santidad de su misión demanda, desaparezca esa ley que sobre eso ha venido á hacer que se difunda la sospecha de que puede haber discordia entre las sanas aspiraciones populares y la investidura de la fuerza pública, porque altos intereses del Estado lo aconsejan, porque vivos requerimientos de la justicia lo demandan y porque el restablecimiento de la paz moral, sin la cual la material es siempre efímera, está clamando á grito herido porque deje de sospechar el ejército que puede haber contra él mala voluntad, odio ó prevención.

Y quien esto os dice se cree con derecho como el primero para demandarlo, porque, en mi modesta condición y en mi situación de hombre civil, he demostrado constante, firmemente, la aspiración á que los institutos armados respondan á las supremas exigencias de la defensa y de la dignidad de la patria, sin que haya habido jamás próxima ni remota intención de mi parte en que esta fuerza, que desgraciadamente el régimen á veces convierte en pretoriana, deje de ser aquella fuerza santa, en la cual la augusta aspiración de la patria encarna.

Y como yo abrigo la convicción de cosa análoga á lo que yo decía allá en los albores del advenimiento de Solidaridad Catalana, la convicción de que nos prestamos los diputados solidarios como garantes de que en su representación, la real, la positiva de Solidaridad Catalana, no habrá nadie que falte á los respetos que se deben á la patria española y al ejército, como representante suyo, tenemos que trabajar por la derogación de esa ley; y lo haremos en aquellas condiciones que corresponden al reconocimiento de deberes de todos los ciudadanos y al enaltecimiento de la fuerza pública, para que acabe de ser ley de excepción la que sólo sirve para engendrar esas siniestras sospechas del ejército que han producido el caso de mi honorable y entrañable amigo Sr. Maciá.

Estudis Universitaris Catalans

REVISTA BI-MENSUAL

Nueva San Francisco, 27 - Barcelona

Los Lusíadas

VI

Situación política. - VI

El movimiento revolucionario debía explotar en enero. Eran, no obstante, condiciones esenciales para su realización, la permanencia en Lisboa del rey y del dictador, que serían hechos prisioneros. Pues desde la categórica afirmación del diputado Alfonso Costa á la faz del Parlamento, sabíase que el partido republicano, aun llevando al peor extremo sus decisiones revolucionarias, salvaría á la real familia de una odiosa represalia sangrienta.

A principios de enero, creo que el 7, el soberano salió inopinadamente de Cascaes — donde habitualmente moraba — para Villa Viçosa, y João Franco se retiraba á una quinta de Carnide, en los suburbios de la capital, desde donde dirigía la acción dictatorial del ministerio, aventurándose repetidas veces, y á horas inciertas, á entrar en Lisboa en automóvil escoltado por un piquete de la guardia municipal. Los amigos del dictador me lo representaron más de una vez como hombre estoico, sin miedo á la muerte, capaz de arrostrar todos los peligros.

— Morir de una bala ó morir de una neumonía, todo es morir, — decía imperturbable, reconociendo que en torno de su persona y de su obra política se estaban fraguando terribles designios.

Con la ausencia del rey y la incerteza de morada del ministro, el movimiento debía retardarse. Existen todas las razones para suponer que una y otra obedecían á la necesidad de la defensa, por haber transparecido hasta al Gobierno el conocimiento de la conspiración, del plan revolucionario, de la existencia de depósitos de armas, bombas de dinamita, etc. Las bombas eran destinadas á la defensa de los populares contra las fuerzas de caballería y artillería, y habíalas en grandes cantidades. En el Arsenal depositáronse varias veces importantes aprehensiones de bombas y otros explosivos, custodiadas por fuerzas de la Armada; pues tan completa y extensa era la adhesión al movimiento revolucionario, que, á pesar de los centinelas y de las más severas órdenes del Gobierno y rigores de las Ordenanzas, desaparecían las bombas y los explosivos, volviendo á los primitivos depósitos revolucionarios.

La permanencia de D. Carlos I en Villa Viçosa se prolongaba demasiado, y João Franco sólo de día aparecía en Lisboa rodeado de la fuerza pública. A mediados de enero los revolucionarios tenían la certeza de que el Gobierno conocía la trama del complot, y resolvieron, por esta causa, precipitar los acontecimientos antes de que comenzaran las prisiones.

Marcóse la noche del 22, y todo estaba dispuesto para que el movimiento estallara con probabilidades de éxito. Cerca de la media noche, obedeciendo sin duda á la prevención de un espía, la caballería de los regimientos de la guardia municipal y de Belem salió de sus cuarteles y tomó posiciones. El movimiento fracasó. En ese día fueron presos el agitador João

Chagas, el director del rotativo republicano *O Mundo*, França Borges, y otros caracterizados republicanos y disidentes monárquicos. El 26 fué preso el diputado Antonio José d'Almeida, y otros elementos revolucionarios atravesaban la frontera. El movimiento estaba absolutamente descubierto y las fortalezas repletas de ciudadanos prisioneros.

Alfonso Costa, con diversos elementos del grupo disidente aún en libertad, pero ocultos, dando pruebas de un temerario arrojo, proyectan una desesperada tentativa para la noche del 28.

La confusión en esa data era ya temible. Los periódicos no podían ni siquiera aludir á lo que sucedía. Estábase en pleno terror. La capital presentaba un aspecto desolado; nadie tenía la seguridad de volver á su casa sano y salvo. El Gobierno asumía poderes extraordinarios, que equivalían á la suspensión de las garantías constitucionales, extremo gravísimo é insólito en este país.

Durante la noche del 28, bajo una atmósfera de plomo, todo estaba dispuesto; aguardaban impacientes los revolucionarios y decididos. El movimiento estallaría de madrugada.

Sería media noche cuando un pacífico ciudadano, probablemente salido de sus ocupaciones ó venido de un espectáculo, se dirige al ascensor de la Biblioteca Nacional, camino acostumbrado hacia su casa. Extraña sobremanera que el ascensor en aquella hora esté parado, y pregunta á un desconocido que á la puerta permanecía inmóvil y embozado en el clásico varino, si sabía la causa que motivaba el paro del ascensor.

— Soy precisamente un operario de la casa — responde el desconocido secamente. — Ha habido avería de importancia en el motor.

Y hace un movimiento recatado, descubriendo á las miradas del sorprendido ciudadano sus manos finas, aristocráticas, con preciosas sortijas en los dedos, que destellan á la luz mortecina de los faroles de la calle.

Comprende el anónimo ciudadano que aquellas delicadas manos ensortijadas de hidalgo no se adunan con la ardua faena del cerrajero, y receloso, con la sospecha de un tenebroso misterio oculto tras la figura del embozado, llégase á la próxima escuadra policíaca y previene á los agentes. El acaso iba á malograr de esta vez un grande movimiento revolucionario. El embozado que guardaba la puerta del ascensor de la Biblioteca Nacional era un conjurado, el vizconde da Ribeira Brava, apostado en aquel óptimo sitio estratégico, junto con los diputados Alfonso Costa y Egas Moniz, el teniente P. y tal vez algún otro. Ellos darían la señal; la revolución se propagaría instantáneamente é irían á la próxima Cámara Municipal, sancionando el movimiento popular, reconociendo la caída del régimen y proclamando un Gobierno provisorio.

Sorprendidos por la policía, fueron inmediatamente reducidos á prisión, invocando inútilmente los diputados las prerrogativas de inmunidad parlamentaria de que gozaban como representantes

de la nación portuguesa. Un oficial registró á los detenidos, encontrando sobre Alfonso Costa un plano minucioso del movimiento revolucionario, plano que condenaba al diputado republicano y lo perdía, si el oficial, en un rasgo de nobleza, no lo inutilizase rompiéndolo en mil pedazos.

Apostados convenientemente los grupos revolucionarios, ignorantes de lo ocurrido, esperaban impacientes la señal. Dominados algunos por la desesperación, por una verdadera fiebre revolucionaria, se lanzan á la calle desordenadamente y atacan algunas escuadras policíacas. Trábase luchas sangrientas; los muertos y heridos son numerosos, y durante aquella lúgubre madrugada más de trescientos populares son presos y conducidos entre bayonetas á las fortalezas. Durante el día 29 continúan las prisiones; el diputado disidente monárquico João Pinto dos Santos es preso por la mañana, y el jefe del partido progresista disidente, el estadista José M.^a d'Alpoim, huye de noche en automóvil, refugiándose en Salamanca.

La revolución está sofocada. Los elementos de acción revolucionaria, los seis mil hombres del pueblo que debían iniciar el movimiento, armados convenientemente para batir las fuerzas de la guardia municipal y la policía — dos mil agentes distribuidos por la ciudad, — ojo avizor y preparados á todo evento, no tenían jefes; en vano esperaban la señal, las órdenes de los caudillos. Todos los individuos de los Comités revolucionarios estaban presos ó fugitivos. Entonces el Gobierno decretó la suspensión de garantías.

Exacerbábase los ánimos. Es fácil presumir la saña con que el dictador trataría de sofocar el rescoldo revolucionario, y en aquella trágica anomalía, ¿quién puede calcular hasta dónde llegarían las violencias, las represalias? El dictador quiso punir con mano terrible el movimiento sedicioso, y, árbitro de las vidas de los encarcelados, para justificar de alguna manera los inevitables castigos, el 31 de enero promulga el ominoso decreto llamado *decreto guillotina*, en virtud del cual podía aniquilar á todos aquellos que combatían su dictadura. Avescinábase un momento horrible; íbase tal vez á verter mucha sangre, dando al mundo un odioso ejemplo de barbarie; único en la historia portuguesa. Sobre la cabeza de cada adversario de la dictadura flotaba la sombra de la muerte. João Franco iba á triunfar de todos enlutando á la nación con una tragedia formidable, pues de él no podía esperarse clemencia después de la promulgación del referido decreto, que le entregaba en absoluto la vida, los intereses, el honor y las dignidades de cuántos lo combatían; aquel decreto no era una represión; era una venganza, una crueldad. Y en aquella oportunidad solemne, cuando parecían sometidas las enemigas voluntades, João Franco cometió el mayor de sus errores políticos: arrastró el rey á Lisboa, para gozar de las auras sangrientas del triunfo. Y este gesto soberbio, de tirano romano, perdió su causa.

El infeliz soberano obedeció á la decisión del dictador, y regresó de Villa Viçosa, con la aprehensión de la catástrofe, contrariado. Cuando un ministro, el día anterior, llevó á la firma real el *decreto guillotina*, el rey, avaliendo la fatídica

trascendencia de aquel paso, comentó tristemente:

— ¡Firmo mi sentencia de muerte! Pero, ¡no importa, no quiero retroceder! Y la firma real sancionó la venganza del dictador.

Fué en esta contingencia que surge el regicidio.

RIBERA Y ROVIRA

Lisboa 1.º de septiembre de 1908.

Las posesiones españolas en el Golfo de Guinea

El ministro de Estado encargó el año 1905 á D. Diego Saavedra una visita de inspección á los territorios españoles del Golfo de Guinea á fin de poner un poco más de orden en el desbarajuste administrativo y económico que, según decían, reinaba en aquellas tierras que son el único pedazo que nos queda de aquel grandísimo Imperio colonial que liquidamos tan pronto.

El Sr. Saavedra publicó una Memoria dando cuenta de su gestión, en la cual se dicen cosas y se hacen revelaciones que vale la pena de que sean conocidas para que nos sirvan de enseñanza.

Empieza el Sr. Saavedra por hacer presente que nuestro pueblo no tiene idea aproximada del sitio que ocupan y lo que son nuestros territorios de Guinea, confundiendo con Río de Oro, que se encuentra á la altura de Canarias, es decir, á dos ó tres singladuras de Cádiz, mientras Guinea dista tres millas de este puerto, encontrándose muy cerca del Ecuador.

Los territorios del Muni, situados en el continente africano, entre la Colonia Alcusana de Kamerun y los ríos Muni y Munda, delimitados por el tratado de París del 27 de junio de 1900, comprenden 25.000 kilómetros cuadrados (ó sea la vigésima parte del territorio peninsular de España), 200.000 habitantes y 75 millas de costa. De este territorio no conocemos más que el litoral, y de los habitantes, en su mayoría individuos de la guerra-tribu de los *pamues*, sólo los que acuden á las factorías (casi bien todos extranjeros) y á la capital Bata, un pueblecito con casas de madera, exceptuando la Aduana, que es de material, donde viven entre autoridades y particulares unos 25 europeos.

Tenemos, además, la isla de Fernando Póo, á 30 millas de la costa N. E. de la colonia alemana de Kamerun, con una superficie de 2.071 kilómetros cuadrados y una población de 15.000 indígenas *bubis*, 4.000 *morenos*, que proceden del continente, y unos 350 blancos.

A la desembocadura del Muni hay dos islas de Elobey, la una llamada *Elobey grande*, y la otra *Elobey chico*.

El Elobey chico, que tiene escasamente 20 hectáreas, por su hermoso aspecto y su clima benigno y saludable, es la residencia de la mayoría de los gerentes de las casas mercantiles que hacen negocios en nuestra Guinea. La población es de unos 25 europeos y unos 150 indígenas, siendo la residencia del subgobernador.

Elobey grande tiene una superficie de dos kilómetros cuadrados y una población de 100 habitantes. Está cubierta totalmente de bosque; pero no tiene ningún lugar donde puedan fondear los barcos de regular tonelaje.

La Isla de Corisco, á 13 millas del continente y á 9 de Elobey grande, abarca 14 kilómetros cuadrados de sol; es la más civilizada y afecta á la soberanía de España. Tiene tierras privilegiadas por el cultivo de tabaco, buenos prados para la ganadería y, sobre todo, unas playas formadas de la arena blanca que se utiliza para la fabricación del cristal. A pesar de esto, la influencia oficial es nula: alguna que otra vez la visitan los gobernadores como excursionistas, y si no fuera por los misioneros, no habría señal de dominación española.

Annobon, á 100 millas de la colonia portuguesa de Santo Tomé, es la isla más alejada de España, siendo su superficie de 18 kilómetros y su población de 2.000 habitantes. Se dan el algodón, el cacao, el tabaco y el café; pero por lo muy apartado del centro de nuestra colonización en Guinea, sin poder reportar grandes provechos, considera el Sr. Saavedra que no tenemos de concederle más que un interés secundario.

El total de nuestros territorios suma 27.000 kilómetros, y exceptuando Fernando Póo, que se encuentra ya en el período de preparación, por haber empleado con más ó menos provecho sumas considerables en obras públicas y gracias á la iniciativa particular que ha puesto en cultivo cuatro ó cinco mil hectáreas, los demás siguen siendo tierras vírgenes, desconocidas sus selvas misteriosas, apenas explotado el litoral, sin otros súbditos que los que buenamente se presentan á traficar con las factorías de la costa. Fuera de Fernando Póo no se ha dado principio á ninguna explotación formal, y no han llegado á cultivarse ni cien hectáreas de terreno.

La primera afirmación que hace el señor Saavedra es que ninguna de estas colonias puede ser considerada como colonias de población, siendo puramente de explotación ó plantación como antes decíamos. Lo que allí se necesita es capital, poco elemento europeo, exclusivamente para dirigir, y brazos africanos para trabajar. Querer empujar nuestra emigración hacia aquellos territorios sería un crimen, sabiendo por adelantado que la condenamos al pan del África (la quinina) y á la triste condición de carne de hospital.

En las islas faltan brazos que se pueden ir á buscar al continente. Los bubis de Fernando Póo son indolentes, pasivos, sin vigor físico y, por lo tanto, no responden á las necesidades de la agricultura, que tiene que ir al continente á buscar trabajadores. El Sr. Saavedra hace notar que los bubis del interior son más fuertes y más inclinados al trabajo, haciendo algunas plantaciones por su cuenta que pueden competir con las de los europeos del litoral. Los desgraciados

bubis de la costa no son más que una raza inferior, una raza degenerada por los abusos del alcoholismo, que se han dedicado á fomentar los blancos por el único móvil del negocio. Son, por esto, de alabar las dificultades que últimamente se han impuesto para la introducción de alcoholes, así como también el establecimiento de una Craduría Colonial, que viene á ser un cargo semejante al del antiguo Protector de Indios, para amparar á los trabajadores africanos contra los abusos de los europeos, propensos á los malos tratos, y que muy á menudo buscan la manera de no pagar los salarios. Este cargo, que tiene un fin altamente humanitario y social, debe confiarse á persona de alto y merecido prestigio, para que no se pueda convertir en causa de exacciones ilegales.

El Sr. Saavedra reconoce que el Estado nada ó poco ha hecho por la obra verdaderamente colonizadora de la Guinea, esto es, por la explotación industrial, por la construcción de vías de comunicación, tranvías, y, en general, por todos los adelantos materiales, por lo cual se impone la admisión y auxilio de compañías que puedan llevar adelante estas empresas.

Esto hace que nuestra manía informadora y centralista resalte mucho más todavía, por lo mismo que hemos transportado toda nuestra Constitución y la Alcubilla en peso á un país salvaje, á comarcas que están de igual manera que en el siglo xv, cuando fueron reconocidas por los navegantes portugueses.

En lugar de implantar unas ordenanzas sencillas adaptadas á las circunstancias y condiciones de un país primitivo, extendemos allí toda nuestra complicada organización administrativa, con toda su balumba de expedientes y empleados. Hoy es casi tan grande el número de empleados como el de colonos. ¿No es una exageración, pregunta el Sr. Saavedra?

Queremos buenos empleados y los escogemos entre la miseria y la pereza, cuando no del antiguo servicio colonial, que todavía es peor, llevándolos con pequeños sueldos á dependencias donde manejan fondos, á un país adonde, con dos años, hacen larga campaña, sin asegurarles para nada el porvenir. Como el Sr. Saavedra creemos que conviene menos empleados y mejor retribuidos, con una preparación adecuada, como los otros países, con sus funcionarios coloniales, y sacándoles la preocupación del porvenir, que hoy es motivo de grandes tentaciones. Conocimientos, honradez y salud: he aquí las tres condiciones que deben reunir los empleados pagados con buen sueldo.

Censura que á cada cambio de gobernadores sufran las colonias un cambio de sistema administrativo. Conviene mantener la unidad de criterio, lo cual se consigue con la persistencia de dirección en la política colonial, favorecida por la posible intervención de los elementos indígenas y europeos en la gobernación de las colonias, dando importancia y eficacia práctica á las Juntas de vecinos. El Sr. Saavedra hasta prevé que se puede dar cierta autonomía á una isla como Corisco, cuyos habitantes son los más cultos y civilizados de la Guinea.

Antes, aquellas posesiones fueron regidas por el ministerio de Ultramar, y posteriormente, aunque por breve tiem-

po, dependieron de la Presidencia del Consejo. Ahora dependen del ministerio de Estado, que cuenta en su seno una Sección Colonial.

Se puede decir que los elementos de la marina fueron los gobernantes de aquellos territorios, consumiéndose allí por el ramo de marinería tan sólo 850,000 pesetas anuales, más de las tres quintas partes del presupuesto de la colonia. En tanto, las consignaciones para servicio sanitario, por obras públicas, por canalización, por enseñanza, etc., quedaban tan desatendidas, que bien se puede decir que apenas quedaban señales de obras públicas, á pesar de los considerables capitales que hemos empleado en ellas.

De todos aquellos dineros y de aquella antigua organizaci6n marítima, no restan más que las capitanías de puerto, un pontón, el *Fernando P6o*, embarrancado en la playa de Santa Isabel, y el *Magalanes*, que se está pudriendo en el puerto de San Carlos. Cuando se abrió el Almacén de Efectos Navales, cementerio de los desechos de los barcos que han ido á morir á Fernando P6o, se encontró el Sr. Saavedra con un muladar de cosas infectas, que nadie quiso, de las cuales se hizo una hoguera purificadora que bendijeron los habitantes de Santa Isabel.

Por este estilo nos cuenta el Sr. Saavedra que el año 1863 se construyó una Granja Agrícola, en la que se invirtió muchos miles de duros del presupuesto, y de ella no queda más que un legajo de amarillos papeles en los archivos oficiales.

Es curioso también saber que hay todavía almacenadas, llenas de polvo y arnas, una partida de cédulas personales, que alguien se empeñó en hacer tomar á aquella pobre gente que no usan bolsillos, porque no llevan vestido de ninguna clase. Esta ha sido una de las ideas más grandes que hemos tenido por la colonización de Fernando P6o.

Se comprende que diga el Sr. Saavedra, que puso arreglo en muchas cosas, que realizó una desinfección administrativa. Todo este nuestro abandono, aquella falta de colonización en el verdadero sentido de la palabra, contrasta con el estado floreciente de las colonias portuguesas vecinas, especialmente la de Santo Tomás, calificada de colonia modelo, y las colonias alemanas de Camerón y Togo, y la inglesa de Vigeria.

Delante de nuestra incapacidad y de lo mucho que ha hecho la iniciativa particular en Fernando P6o, se explica que el Sr. Saavedra sea partidario de que la verdadera colonización se confíe á las empresas particulares, corriendo á cargo del Estado el aseguramiento de la tranquilidad interior y el respeto á los derechos y á los intereses de todos los que vivan en nuestras posesiones. Se muestra inclinado y cree más provechoso confiar á varias compañías esa tarea por las dobles ventajas de la competencia y división del trabajo. Cuando no sea esto posible — dice, — que se cumpla el decreto de 1905, confiando á una sola compañía la empresa, que todo es preferible á la paralización en la labor civilizadora que hemos de realizar.

De todo lo que se lee en la Memoria del Sr. Saavedra, se desprende que para hacer camino en punto á la política colonial, después de dejar el campo libre á la iniciativa particular, conviene hacer fuego nuevo con toda la vieja papelera,

que nos obstruye, y que después de haber sido un obstáculo vivo para todas

las iniciativas, da aquella hedor de nicho á todas las oficinas del Estado.

FEDERICO RAHOLA

La Semana

Política

En la muerte de Salmer6n. Por encima de todas las opiniones expresadas con motivo de la sentida muerte de D. Nicolás Salmer6n, una exis-

te que halla singular unanimidad: la de que ha fallecido un gran amigo de Cataluña. Con decir que el eminente republicano sacrificó su popularidad, lo último de que consienten en desprenderse los políticos, á su amor á Cataluña, se ha hecho su definitivo elogio. Y por este generoso movimiento de convicción sufrió serenamente, estoicamente, heroicamente los mayores insultos, las más torpes infamias, incluso la disminuci6n de la vida.

Forzoso es convenir en que se requiere amar mucho la patria, poseer una conciencia de plena austeridad, guiarse por una voluntad poderosa, para en los últimos años de una existencia frecuentemente aclamada por los ardores de la multitud, resolverse á emprender una lucha más á favor de la idea antipática, impopular, calificada de profundamente antipatriótica. ¿Cómo había de sonar este calificativo en los oídos del hombre que á su manera se había consagrado totalmente al exaltamiento de la Patria!

Y fué con tal decisi6n que el republicano eminente entreg6se á la fe nueva, que por defenderla no perdía ocasi6n alguna, sin titubear jamás ni aun en los momentos de grave peligro. Y fué tan leal, además, á su creencia de Solidaridad, que, ya lejos de Cataluña, lanz6se, mientras dominó la vida, á su defensa con entero brío, aunque su figura, acostumbrada á los entusiastas loores del pueblo, hubiera de recibir del mismo cuantas invectivas dirigianse á la muy amada Cataluña.

No es de extrañar, pues, que á pesar de las otras condiciones de gran relieve que caracterizan al ilustre muerto, la inmensa mayoría de los catalanes haya deplorado vivamente la desaparición eterna de un hombre que por esta tierra acalló en ocasiones la fuerza impetuosa de arraigadísimas creencias de toda su vida. Quería el triunfo de la aspiraci6n catalana, aun á costa, para él momentánea, de otros ideales políticos y filosóficos. ¡Infeliz del que no llegue á la rápida comprensi6n del sentimiento popular de Cataluña! Al fin se trata de hombres, y el hombre, por esencia, es agradecido.

El bello gesto de Salmer6n señaló para nuestro ideal un período de notable progreso, porque significaba su extensi6n inesperada por tierras y en espíritus de una dura resistencia á su impulso. La personalidad del ex presidente de la República española era extraordinariamente relevante para que su actitud, propicia á nuestras afirmaciones, no fuera en absoluto una poderosa fuerza que venía á empujarlas por toda España. Y así fué. España entera hubo de sorprenderse de la resoluci6n salmeroniana, y en consecuencia, meditar, fijarse, por lo menos, en el motivo de la extraña acci6n del hombre de cuyo españolismo no podía dudarse en manera alguna.

Cataluña, pues, rinde con harta raz6n, en estos días en que la solemnidad aparatosa de la muerte da supremo relieve á un mortal, á la personalidad ilustre de Salmer6n, su entrañable amigo, amigo hasta el último aliento. — J. TORRENDELL.

Teatros

Els picarols. El sábado inauguró la temporada el Teatro Principal con la conseja popular alsaciana, *Els picarols*, ó sea *El judío polaco*, de Erckman y Chatrian. Y fué asistir á la representaci6n, el retorno á aquellos tiempos de estudiante en que á escondidas del maestro leíamos, manteniendo el libro oculto en el pupitre, las obras de esos dos escritores, las cuales constituyeron la papilla literaria de buena parte de la juventud, hace de ello ya algunos años.

Pero aparte de esa simpatía que forzosamente había de mover nuestro ánimo en favor de la obra, por lo que avivaba el recuerdo de días ya distantes, no queda otro remedio que reconocer que no pasa ese drama de ser una producci6n en que descontentadas algunas escenas pintorescas, á lo que se tiende es á forzar el contraste y aún á echar mano del efectismo para seducir al espectador.

Es el drama del remordimiento que atenece sin cesar á la conciencia, que se acusa á solas ante la sugesti6n de oír de continuo el cascabeleo del trineo en que iba aquel que asesinó quien ahora vive respetado y querido; pero con el tormento implacable de verse acusado por sí mismo.

Y como ello ha dado, además, argumento á una famosa zarzuela española, ocurre que á nuestro público se le antoja presenciar la representaci6n de algo análogo, á trechos calcado, á lo que de memoria sabe, y que está tomado ó por lo menos inspirado en la obra de los dos novelistas, que ha sido puesta en escena cuidadosamente, sobre todo tocante á decorado, debido á los señores Brunet y Pous y Palau, los cuales han pintado una decoraci6n hermosísima para el primer acto, en la cual, lo propio que en las dos restantes, revelan ambos escen6grafos haber adelantado, en cuanto á riqueza de color.

La interpretaci6n demostró constancia en los ensayos. Sobresalieron la señorita Xirgu y el Sr. Jiménez. Las escenas de conjunto, sin querer sentar que fueran cosa excepcional, no por eso se debe regatear el aplauso que en justicia merecen quienes en ellas tomaron parte.

Día de pluja. Como fin de fiesta se dió á conocer la divertida comedia, de Luis Forest, *Día de pluja*, con la

cual se pasa un rato entretenido, por más que en la traducci6n debe haber perdido algo de aquella ligereza y aquel *sprit* propios de las obras francesas del género á que corresponde la aludida. — M. R. C.

Gacetilla

La «Sociedad de Atracci6n de Forasteros» ha publicado un precioso y útil folleto de propaganda. Esta publicaci6n contiene numerosas vistas de Barcelona, reseñándose brevemente, pero en una forma muy sugestiva, la importancia de la ciudad condal, su situaci6n geográfica, clima, bellezas de su parte antigua y de su parte moderna, edificios públicos y monumentos, museos, archivos y bibliotecas, alrededores, etc. Además se insertan en dicho folleto multitud de datos útiles al viajero sobre comunicaciones, coches de plaza, correos, teléfonos, telégrafos, viajes

REPRODUCI6N

á Barcelona por mar y por tierra, tarifas de mozos de cuerda y botes, importación temporal de vehículos y caballerías, reclamaciones, etc.

La «Sociedad de Atracción de Forasteros» editará en seguida este mismo folleto en alemán, francés, inglés, esperanto y otros idiomas. También publicará, según nuestras noticias, un hermoso album de Cataluña y Baleares que aparecerá á fines de año en castellano, francés é inglés, separadamente.

El folleto *Barcelona* se enviará gratis á todo el que lo pida á la Secretaria de la

«Sociedad de Atracción de Forasteros» (Ramblá del Centro, 50).

* * Hemos recibido un artístico cartel para anunciar los productos de la Peletería de los señores Bertrán hermanos, de esta ciudad.

El mencionado cartel es original del pintor D. Carlos Vázquez y ha sido reproducido con brillante éxito en los conocidos talleres litográficos de D. Simón Durá, de Valencia.

Es una obra que merece todos nuestros entusiastas elogios.

≡ La prensa catalana

La Veu de Catalunya.—Editorial.

Es costumbre periodística y si no lo fuese en este caso haríamos lo mismo, dedicar frases de consideración á los personajes que han informado la vida de un país, en los últimos momentos de su existencia. Nosotros tomamos hoy la pluma para cumplir la tarea profesional sin la serenidad de otros días. La muerte de Salmerón es un hecho que llega á la conmoción del alma catalana. Así lo comprenderán indudablemente los amigos y hasta los enemigos del gran movimiento solidario de Cataluña.

Estas últimas palabras lo dicen todo. El inmenso triunfo patriótico quedará para siempre unido á la memoria inextinguible del eminente o'ador castellano. Decir Solidaridad Catalana equivale á pensar inmediatamente en Salmerón, hombre de un gran relieve dentro de la política española, que tuvo en sus manos la proporcionalidad de la acción popular de nuestra tierra, que resultó formidable, gracias á su actitud, señaladora del buen camino á todos los republicanos que prefieren la renovación de España íntima y profunda á un cambio accidental puramente epidémico.

Para hacerse cargo completo de toda la importancia representada por la decisión vigorosa de Salmerón, hay que recordar antecedentes, situación, compromisos, amistades, afirmaciones antiguas, pasados rencores, creencias arraigadísimas. Tarea profunda que no es de este lugar y que el lector despierto y discreto fácilmente realizará con la ayuda de su memoria y de un juicio sereno. Lo positivo es que en unas horas de patriótica clarividencia el repúblico de opiniones fuertes, diferentes de las nuestras en muchos sentidos, sorprendido y conmovido ahora por la grandiosa manifestación del pueblo catalán, cosa absolutamente desconocida por sus enormes proporciones en España, vislumbró una orientación nueva, un pueblo redimido por sí mismo, una España renovada por el impulso poderoso de esta Cataluña, rica, poderosa, culta, heroica, con esplendores de la modernidad que ostentan hoy las naciones civilmente organizadas.

Y Salmerón, en profética visión, se declaró partidario decidido de la aspiración catalana, y, para reformar su honda creencia, apartó todo estorbo que le impidiese ser leal á la nueva fe abrazada, á la que quería consagrarse en cuerpo y alma. Y así se realizó. Desde aquella hora, de gloriosa conversión, Cataluña tuvo en Salmerón un amigo de corazón; y cobró nuevas fuerzas, en todas partes, traídas por su prestigiosa autoridad dentro de su partido político, y hasta dentro de núcleos diversos de intelectualidad, apartados de la vida pública.

Con este gesto salmeroniano obtuvo ciertamente la Solidaridad Catalana un esfuerzo extraordinario que no queremos

regatear, sin querer decir por esto, que aquel gran acontecimiento no encontrase realización aún con el concurso de buenos republicanos de Cataluña, que quieren sobre todo á su patria. Por eso es que ahora, á la hora dolorosa del definitivo alejamiento, nosotros no creemos en la ruptura inexplicable de la unión de los patriotas catalanes, sean cuales sean sus opiniones partidistas; tanto más, cuanto que, á favor de la obra solidaria, pesa para sus amigos la memoria consoladora de la voluntad, de la convicción, de la fe, cien veces confesada, por el eminente republicano.

Ha muerto un verdadero amigo de Cataluña, un castellano de profundas raíces. *La Veu de Catalunya* siente profundamente este dolor y pide á los buenos catalanes que tengan un dulce recuerdo para el hombre eminente que ha concluido su vida política, haciendo de ella absoluta ofrenda en el altar patriótico de nuestra tierra.

El Poble Català.—Editorial.

Una noticia dolorosísima llegó ayer. ¡Salmerón ha muerto! Está de duelo España, toda España. Pero lo está especialmente Cataluña, esta Cataluña á la que amó tanto el gran patricio en los gloriosos últimos años de su vida.

¡Salmerón ha muerto! Ayer corrían estas tristes palabras de boca en boca, esparciendo por la ciudad una pena honda, sincera. Su enfermedad ya hacía esperar á muchos un fatal desenlace; eran muchos los que ya pensaban con angustia que Salmerón no podría volver al diario batallar de la política activa, que él añoraba en estos tiempos decisivos para la futura suerte de España. Pero no por esto causó menos intenso dolor la noticia de haber muerto el grande hombre, el ilustre y honradísimo repúblico, el leal amigo de Cataluña.

La muerte de Salmerón es una gran desgracia para la causa catalana y hasta para el mismo porvenir del Estado español. Era él, era Salmerón, el que, ofreciéndose heroicamente á las iras de un patriotismo indigno, mostraba con su ejemplo vivo la falsedad estúpida de las innobles calumnias contra Cataluña y contra la Solidaridad Catalana. Era él, que con su robusto idioma castellano cantaba las excelencias del movimiento regenerador de Cataluña. Era él, castellano, patriota español, que encarnó el alma potente de la Cataluña en los días iniciales de la gran lucha contra el régimen caduco de la vieja España. Su figura viril, estoica, erguida con un gesto airado de noble arrogancia, era una contestación plena y absoluta á los insultos, á las invectivas viles contra la patria nuestra.

Y la patria está de duelo. Negros crespones cubren hoy la sangre y el oro de la bandera de las cuatro barras..... ¡Salmerón ha muerto! Y podemos decir muy bien: Ha

muerto un catalán, catalán por su alma y por los amores postreros de su vida.

¡Y por esto Cataluña inscribe á Salmerón en el gran libro de sus hijos bien amados, de sus hijos predilectos!

Allá, en Madrid, rodeado de campos yermos y solitarios, el cuerpo de Salmerón descansará, cerca del de aquel gran catalán inolvidable, catalán por la sangre y por el alma, que se llamó Pi y Margall..... Allá guardarán las cenizas en el silencio sepulcral. Nosotros, los catalanes, viviremos en comunión con su idea, con sus espíritus, que nos inspirarán y nos enardecerán en las futuras jornadas de lucha y de victoria!

Diario del Comercio.—De S. Bremon Masgrau.

El nombre del ilustre personaje que ha fallecido, llena una gran parte de la política española del último siglo. Vivió en la hora de recoger los frutos de las ideas que invadieron Europa, después de la revolución francesa, y lenta y pesadamente tomaban carta de naturaleza en España.

No obstante, el conflicto hondísimo que planteaban en suelo español las ideas de libertad, chocando con la vida de este pueblo que gritaba «vivan las cadenas» el día siguiente de haber derramado su sangre por aquella palabra que apenas tenía sentido, no fué resuelto, no fué sondeado por las eminencias políticas, por aquellos hombres de altísimos ideales, de gran corazón y de una buena fe admirable en la mayoría de los casos. Demasiado accesibles á los radicalismos agudos, fijando su atención y gastando sus energías en cuestiones secundarias que por tácita conveniencia pasaban como principios trascendentales, unos y otros, los hombres directores y el pueblo, se destruyeron por las calles, en las Cortes, en la prensa y en la vida privada en nombre de los principios opuestos que no hallaron jamás una fórmula conciliadora que hiciera adaptable á las modernas ideas las viejas tradiciones, y con los nuevos ideales políticos, aquellas instituciones demasiado arraigadas en la conciencia nacional, para ser arrancadas de cuajo.

Salmerón, hombre de vasta inteligencia y de superior cultura, uno de los políticos españoles de quienes, como político, se ha hablado con respeto en el extranjero, siguió en toda su vida, de la más pura conveniencia política, la línea que se trazara desde su juventud; tenía entusiasmos en política y en sociología, y un pensamiento filosófico capaces de remover un pueblo, si ese pueblo no hubiese tenido en sus mismas entrañas, como condición precisa de su vida, leyes, costumbres y tradiciones, condiciones de existencias, y hasta ideales, tan opuestos á las vastas creaciones doctrinarias, fuesen del jacobinismo centralista, ó de pactismo prudoniano.

Llegó á ser presidente de la república española; y allí se estrelló como los otros, con gran dolor de sus almas, y distrayendo sólo el amargo desengaño por la necesidad de luchar contra los enemigos de una misma comunión. No hay que condenarles por esto: condición suya fué, por culpa de su época, que no supiesen sobreponerse á las apariencias y estudiasen menos en los libros extranjeros que en la carne y sangre, tan inútilmente derramada del pueblo español.

Salmerón no decayó jamás; ni su entusiasmo, ni su clara inteligencia tuvieron ocaso. Y en los últimos años de su vida puso su nombre muy alto, hasta donde se inscriben aquellos que las edades venideras los recuerdan con gratitud, luchando con jóvenes arrestos, con energías imponderables, para ese movimiento de Solidaridad, que apreciaba como *surge et ambula* del cuerpo español, unido, viviente, resucitado para la humanidad y para el progreso.

Dió un gran ejemplo á jóvenes y viejos!

permaneciendo dentro de los ideales, á los que había sacrificado su vida, y sin orgullo, sin terquedad hipócrita que se disfrazaba de consecuencia, coadyuvando á la obra de regeneración de Cataluña, para España, teniendo por bandera los principios del regionalismo y la autonomía, que aceptó en el campo de la historia y de la teoría, porque eran impuestos á su noble alma para la salud del pueblo. Alguien pudo decir con mezquindad que sacrificaba su historia política, cuando la realizaba con un grande ejemplo de bondad y de sabiduría.

Cataluña lo ha comprendido así. Al recuerdo perenne del ilustre hombre que acaba de dejar este mundo, acompañará siempre un sentimiento de gratitud, de aquella gratitud reverente que se tiene á sus ideas los hombres que se dieron y á su pueblo.

El Diluvio. — Editorial.

Ha muerto Salmerón. Se ha apagado la última estrella de la constelación más espléndida que ha brillado en nuestra historia patria. Ya no repercutirá más en las masas aquella palabra fulminante ni vislumbrará sus ojos aquel gesto apocalíptico que se imponía á los auditorios con la autoridad de un dios. Su muerte deja un vacío, más bien que en los corazones, en la contextura nacional, que parece mutilada con la desaparición del grande hombre que ha tomado tan activa parte en las tristezas y esperanzas, en sus éxitos y fracasos durante medio siglo.

El golpe más tremendo ha sido para la Solidaridad, que tomara al insigne luchador por guía y jefe en la conquista del nuevo ideal, más glorioso que los antiguos. Él solo la comprendió, entre el enjambre infinito de políticos que pululan por nuestra escena política, é hizo más: unió con ella su suerte en la etapa heroica que sólo permite á sus adeptos esperar persecuciones y calumnias por parte de la vulgaridad ambiente, refractaria á todo lo noble y grande, mientras no se sienta en las doradas cumbres, ceñido con la aureola del vencedor.

Salmerón, alma generosa y magnánima, lo sacrificó todo por nuestra causa no comprendida: su prestigio, su gloria política, su salud y, finalmente, su vida. Es el primero y sublime mártir de la Solidaridad.

Cataluña, agradecida, debe elevar un monumento á la memoria de su desinteresado amigo, de su gran protector; pero antes se lo levantará cada uno de los catalanes en su propio corazón.

Las Noticias. — De Max.

Poseer una poderosa inteligencia y ser al mismo tiempo un orador grandilocuente, no es cosa común entre los políticos españoles; pero más raro es — hasta el punto que pueden contarse con los dedos — hallar un hombre que, poseyendo aquellas dos preciosas armas de combate, use de ellas con la honradez en el campo de la política. Se lucha para vencer, y vencer, para nuestros hombres de estado, significa gobernar.

De ahí que casi todos los jóvenes de talento que de un siglo acá empezaron su carrera política en calidad de fervientes revolucionarios, se cansaron de luchar en la oposición: «Somos republicanos, á condición de que la república venga pronto, pues la república somos nosotros y debe ser por y para nosotros». Tal dijeron casi todos; y al ver que ella no llegaba á consolidarse en España, se hicieron monárquicos con mayor ó menor habilidad.

Salmerón fué un fanático republicano; comprendió perfectamente que el país no estaba aun en condiciones de resistir esa forma de gobierno y que por lo tanto no

la vería él instaurada en España; pero supo decir, despojándose de toda ambición personal: «La república no es para mí, ni yo soy la república; pero si un día debe llegar, preciso es que nos sacrifiquemos hoy por ella los que sinceramente la deseamos».

Y este es el rasgo distintivo del hombre docto que acaba de morir. Sacrificó su ambición y el medro personal á sus convicciones; pudo serlo todo, en un país donde las medianías se encumbran, y se limitó á ser un consecuente republicano; si pudo equivocarse en la doctrina, fué noble y leal en la conducta; si pecó, pecó de buena fe.

Su conducta con Cataluña y la Solidaridad puede calificarse de heroica. A ellas sacrificó lo que sólo los hombres excepcionales sacrifican: la popularidad. Tal vez sacrificó su gran popularidad en el resto de España, más por su amor á la república, que creyó apuntaba seriamente en el resurgimiento político del pueblo catalán, que por una perfecta identificación con los ideales autonomistas; pero de todas suertes, Cataluña debe agradecerle el sacrificio. Salmerón fué el argumento más firme que pudo oponerse al maquiavelismo de los patrioterros de Madrid. Un perfecto español podía ser al mismo tiempo perfecto republicano y perfecto autonomista.

De ahí que no sólo los catalanes sino los españoles todos, aun los que más distanciados estén de sus ideas y de sus doctrinas, podemos inclinarnos respetuosamente ante la tumba de un hombre cuya historia política fué modelo de abnegación y de honradez. Lo cual aquí representa una verdadera paradoja.

El Correo Catalán. — Editorial.

Ha muerto Salmerón, y ha muerto como había vivido, fuera de la Iglesia católica.

Este hombre, á quien Dios había dotado de grandes talentos, agradeció las mercedes de la Providencia renegando de Ella y hasta dudando de su existencia.

Fué un gran orador parlamentario á quien perjudicaban sus tendencias filosóficas, porque su filosofía falsa y nebulosa oscurecía con tupidos velos sus pensamientos, — ya de suyo laberínticos muchas veces, — pero era artista ante todo, pareciendo en ocasiones más que orador un actor que después de posesionarse de su papel esculpe sus *parlamentos* vibrantes de apasionada elocuencia, á la manera de los antiguos retóricos que disfrazaban con brillantes palabras la esterilidad de sus doctrinas.

Como político fué consecuente con los principios revolucionarios que mantuvo toda su vida, pero demostró ser poco apto para las altas funciones gubernamentales que tuvo á su cargo como Presidente de la República española, acaso porque el vuelo de las especulaciones filosóficas rara vez ó nunca desciende á hacer el estudio y á dar satisfacción, principalmente, á las necesidades nacionales. El ideal y la realidad suelen vivir en lucha perdurable.

Su influencia sobre el partido que acudillaba llegó á ser ilimitada, y si hubiese estado tan abundante de energías como lo era de recursos oratorios, hubiese puesto al trono alfonsino en más de una ocasión en graves peligros.

Como filósofo no ha dejado discípulos ni sólidos principios especulativos.

Pensaba hondo y hablaba alto, pero sus doctrinas no podían arraigar porque carecían de la savia prolífica de una creencia fecunda.

No tenía fe ni aun en la duda, á pesar de haber pasado su vida dudando sobre las grandes verdades que elevan á las naciones, y por esto de su labor revolucionaria y filosófica nada quedará que sirva de enseñanza á los hombres ni á los pueblos.

Fué, en fin, un meteoro que iluminó un momento los espacios, pero que no pudo iluminar las conciencias por carecer su palabra y su entendimiento de la enjundia de la fe que arrastra y persuade á las multitudes.

Dios le dotó de grandes talentos. A Dios habrá dado ya cuenta del uso que de ellos hizo en el mundo.

La Tribuna. — Editorial.

Sólo ante la tumba puede exigirse serenidad de juicio para juzgar los actos de los hombres que, como el Sr. Salmerón, ocuparon los primeros puestos del Gobierno.

Principió su vida política en una época de lucha, en la que tomaban parte los hombres más exaltados y de opiniones más opuestas; si la severa voz de la Verdad y de la Justicia se hacía oír con frecuencia, también las pasiones hablaban y se juzgaba á los hombres con notoria parcialidad y con cruel ensañamiento. La moderación era virtud poco practicada, y sobre el mismo hombre, y todavía sobre un mismo hecho, recaían las sentencias más contradictorias.

El nombre de Salmerón figura en todas las páginas de nuestra historia contemporánea y figura siempre en primera línea.

Acusábanle los exaltados de debilidad, y alababan sus partidarios su prudencia; según unos, por él no se ha hecho la revolución, que hubiese implantado la República; según otros, fué más patriota que republicano, y temió la influencia que habían de ejercer en la vida nacional los aventureros que habían penetrado en el campo republicano, y cuyo arrogante descoco les daba popularidad é influencia. Acaso unificando el criterio de los unos y de los otros se tendría la explicación de la conducta de Salmerón.

Desengañado de los políticos, que tan mal parados nos han dejado, vino á cobijarse en los últimos años de su vida bajo las banderas de la Solidaridad, de la que ha sido apóstol convencido y defensor ardiente mientras sus fuerzas lo han permitido.

Conocía íntimamente los resortes que mueven á los políticos españoles, y veía á través de las grandes frases las pequeñeces que ocultaban, por lo que vió en el movimiento solidario la manifestación del patriotismo sincero, libre de egoísmo y gano de reconstituir la unidad de la patria bajo el regionalismo redentor. Se enamoró de la idea de hacer un lazo de flores de lo que es una pesada cadena.

El Sr. Salmerón era un orador grandilocuente, correcto en la forma y profundo, acaso demasiado profundo en el fondo.

Como filósofo supo incorporar al caudal nada escaso de la ciencia española lo mejor de la Filosofía extranjera, y si en la política alcanzó grandes y merecidos triunfos, en la cátedra realizó una labor impecable.

Ha sido un luchador constante, discutido á veces, aplaudido con frecuencia y acremente censurado por algunos que lo hubieran querido más plegadizo y más inclinado á seducir multitudes con promesas de imposible cumplimiento, pero de beneficiosos resultados.

El juicio que la historia formule acerca del Sr. Salmerón, dictado cuando la reflexión haya apagado la exaltación de las pasiones, le será favorable. Nosotros llevamos á su tumba un modestísimo recuerdo.

Descanse en paz el ilustre finado!

Diario de Barcelona. — Editorial.

Comenzaremos por insentar un telegrama de Madrid en el que se nos dice:

«He ahí los últimos pensamientos escritos por Salmerón: «El clericalismo es en

religión lo que el caciquismo en la política. — La cura de almas debe pasar del sacerdote, ministro de la fe, al maestro de escuela, ministro de la razón. — La monarquía en España ha hecho del Estado un instrumento de conminación; invirtiendo los términos, el poder ha subyugado al derecho.

Ahora añadiremos que en la sesión de ayer nuestro Ayuntamiento — hemos de llamarle nuestro porque oficialmente lo es, aunque nada, absolutamente nada tenga que ver con Barcelona — acordó enaltecer la memoria de Salmerón; pero, procediendo con franqueza, los concejales republicanos que tomaron la iniciativa no creyeron deber ocultar que la enaltecían por anticatólico y anticlerical. No era necesario añadir lo segundo, porque lo primero basta. Ahora digan los barceloneses si los que no son anticatólicos podían adherirse a proposiciones que se inspiran en el odio a nuestra religión.

Se propuso, entre otras cosas, que se diese el nombre de Salmerón a la calle Mayor de Gracia, lo que se aprobó por aclamación, y sólo un concejal, uno sólo, el señor Mundi, por añadidura republicano, tuvo el valor de votar en contra. Sabíamos que el sentido de hacerse cargo escaseaba en el Ayuntamiento barcelonés, pero no suponíamos que la carestía fuese tanta, que sólo se encontrase algún átomo en un concejal republicano.

Se ha solicitado de la familia que traiga el cadáver del Sr. Salmerón a Barcelona para que en tierra catalana tenga sepultura. Sólo falta que se proponga perpetuar en bronce su memoria, alzándole un monumento. Ya se propondrá.

¿Por qué? Salmerón no nació en Cataluña y si bien fué Presidente de la Solidaridad, se le designó por haber sido jefe del Estado, no por otro motivo. En la Solidaridad no fué más que una figura decorativa. El verbo de la derecha, su hombre de acción, lo ha sido y lo es Cambó; el de la izquierda lo es otro. Salmerón presidió y no hizo más.

No se le enaltecerá como filósofo, porque el krausismo fué y ya ha pasado de moda; no se le enaltecerá como político, porque fracasó en la Presidencia de la República; fracasó en todas partes; no se le enaltecerá como pensador, porque durante su larga existencia no supo salirse de la utopía; no se le enaltecerá como escritor, pues no tenemos noticia de que haya escrito ninguna obra notable.

¿Por qué, pues, se le enaltece? Lo han dicho los republicanos del Ayuntamiento: enaltecen al ateo, al anticatólico, al antirreligioso, y no añadieron al enemigo de la monarquía porque podían exponerse a un correctivo.

Barcelona es monárquica, es católica, y tratándose del Sr. Salmerón lo más que puede hacer, lo único que puede hacer, es rogar por su alma a pesar de que, según todas las apariencias, ha muerto como vivió, fuera del catolicismo, porque no sabemos si en la última fracción de segundo en que el alma se separa del cuerpo para comparecer a la presencia divina, el arrepentimiento le valió la misericordia de Dios.

La Vanguardia. — Editorial.

El ex Presidente del Poder ejecutivo de la República española ha fallecido en unos instantes que comunican a su muerte el carácter de una pérdida especial y doblemente sensible para Cataluña.

Los tres últimos años de su vida constituyen una consagración a los destinos de este pueblo, una abnegación constante y una valentía ejemplar. En la cumbre de su ancianidad, despojado ya de los ardores militantes, de los estímulos de la ambición, en todos sentidos satisfecha; del lastre doctrinario que le acompañó como

hombre de sistema y de partido, en un momento de suprema angustia, sintió levantarse dentro de sí al patriota, sobreponiéndose a todos los demás aspectos y matices de su personalidad y, arrastrando las iras del falso patriotismo, se desposó con el verdadero.

Podrá juzgarse aquel acto como una equivocación, pero nunca merecerá el nombre de deslealtad ni cobardía. Podrán creerlo un error sus adversarios, pero nunca dudar de la heroica sinceridad del famoso orador republicano, porque ella basta a honrar y decorar toda una vejez.

Cataluña se hallaba en unos instantes críticos. De la otra parte del Ebro no le llegaban más que gritos de rencor y amenaza. Un gran pesimismo flotaba en la atmósfera y llegaba al fondo de los espíritus. Muchos se preguntaban, en silencio, si era posible entenderse con los demás españoles.

Uno de ellos les hizo sentir, desde la otra ribera, la voz de la esperanza y de la comprensión. En aquel instante Salmerón, doctrinario y hombre de partido, se transformó en algo que está por encima de todas las doctrinas y de los partidos: é hizo comprender que el afecto y la generosidad de corazón es muy superior todavía al talento y que el factor sentimental es el factor supremo de la política, por lo mismo que es el factor humano por excelencia.

Ante esa determinación, que retuvo a muchas voluntades prisioneras de la gratitud y del optimismo, todo calla. La historia dirá su última palabra algún día. Hoy no puede juzgarse más que la intención; y la intención fué digna de un gran español que, por voto general de Cataluña, deja la memoria de un gran catalán adoptivo.

La Publicidad. — Editorial.

No acertamos a coordinar ideas. Es tan honda la pena que nos embarga, tan intenso el dolor que nos aflige, que toda reflexión se oscurece y nuestras palabras salen de nuestros labios entrecortadas por los sollozos que nos arranca la irreparable desgracia que pesa sobre nosotros.

¡Salmerón ha muerto! Parece imposible que en una sola frase pueda encerrarse una desgracia tan terrible que arranca lágrimas a nuestros ojos y nos lanza a gestos de desesperación y de amargura infinita. Ningún dolor tan profundo, ninguna emoción más inmensa, ninguna pena mayor que la que en este momento se ha apoderado de nosotros al recibir el despacho de nuestro querido amigo Pablo Salmerón comunicándonos la tristísima noticia. ¡No queremos creer que tan de repente, tan terrible y tan irreparable sea nuestra desgracia! ¡Nos rebelamos contra ella y tiene nuestro dolor gestos airados de protesta para la fatal realidad que nos oprime y atenaza!

Recordamos la excelsa figura del maestro y nos parece estar contemplando la augusta mirada del apóstol a quien hace poco estrechábamos la mano oyendo de sus labios palabras de esperanza, profecías de redención y frases del más acendrado amor para la patria española y para nuestra Cataluña.

Su voz era firme respondiendo al genio que la dictaba, y cada una de sus afirmaciones definía claramente su pensamiento augusto y la obra concebida por el grande hombre de resurrección nacional, a la que consagrara toda su vida y en aras de la cual bebió en estos últimos tiempos el cáliz de todos los sufrimientos. Con mayor fervor que nunca, con mayor entusiasmo, con fe más verdadera que en otra ocasión ninguna, oímos expresarse a D. Nicolás Salmerón al despedirnos de él hace muy pocas semanas. Era el profeta de nuestra redención quien hablaba, el héroe nacional, el único héroe nacional que acuciaba

nuestros arrestos con la visión del porvenir soñado de la patria grande y regenerada.

¡Y todo ello ha de oscurecerse de nuestra mente en estos instantes, ante la fatal nueva de su muerte! ¡Qué pena tan grande! ¡Qué dolor más irreparable!

Está de duelo España entera con la desaparición del más noble y del más honrado patriota. Está de duelo especialmente Cataluña, que no podrá consolarse de la muerte del hombre que por afinidad de sentimientos, sintiendo latir su corazón magnánimo con las mismas ansias de renovación y de libertad, a su lado luchó y a su lado ha sucumbido vueltos amorosamente los ojos a la obra patriótica iniciada.

En estos momentos tristísimos, embargado el ánimo por la desgracia, sin acertar a expresar en palabras tan grande desventura, sólo puede confortarnos el recuerdo del hombre ilustre y la visión de cuanto hizo por nosotros, de cuanto le somos deudores, de cuanto agradecimiento le deberemos eternamente.

Henchido el pecho de emoción y resbalando las lágrimas de nuestros ojos, volvemos en esta hora suprema la vista a Cataluña, y contemplando su duelo nos sobreponemos a la desgracia, hallando en el propio dolor fortaleza para proseguir la obra del apóstol que la muerte implacable acaba de arrebatarnos.

Siempre hemos de rendir culto a la memoria de D. Nicolás Salmerón, su recuerdo no ha de separarse nunca de nosotros. En nuestras horas de infortunio y en nuestras horas de triunfo, su imagen venerable nos prestará alientos y nos hará nobles. Su obra patriótica hemos de continuarla para bien de Cataluña y para bien de España. Levantando un altar a su memoria en nuestro corazón, sus enseñanzas y su ejemplo no nos abandonarán nunca.

¡Lloremos amargamente hoy su muerte; imitemos mañana y siempre sus gloriosas virtudes!

El Noticiero Universal. — Editorial.

Desde que el ilustre político sintió que menguaban sus fuerzas, hace poco más de un año y vióse obligado a retirarse del Parlamento y recogerse en su casa para buscar entre los cuidados solícitos y al calor del cariño de la familia, el restablecimiento de su salud, se abrigó el temor de que aquella naturaleza, que asombró por su vigor, iría decayendo paulatinamente.

Tuvo el Sr. Salmerón, durante su enfermedad, mejoras que hicieron concebir halagüeñas esperanzas, desvanecidas luego por terribles recaídas. Hace pocos días, se recibieron aún despachos consoladores; pero, desgraciadamente, las oscilaciones que en el estado del paciente se observaban han tenido su fin fatal y doloroso.

Este triste desenlace, aunque temido, no dejará de causar honda impresión en España y en el extranjero, por tratarse de una personalidad que desde su juventud hasta el momento de su muerte, en edad muy avanzada, destacó con gran relieve en la vida política de nuestra nación, llegando a ocupar la más alta jerarquía en el Gobierno de la República.

Su influencia dejó sentirse en todas las épocas de su vida, y fué en el Parlamento español una de las más grandes figuras. Tenía todas las condiciones del gran orador, ilustración vastísima, firmeza de convicciones, facilidad de palabra, expresión vigorosa en la dicción y en el gesto, y voz de timbre varonil y agradable.

Después de poner su fe y todos sus prestigios al servicio de la Unión Republicana, que se formó en Asamblea memorable, don Nicolás Salmerón creyó ver en el movimiento de Solidaridad Catalana un espíritu

LA RECONSTRUCCIÓN DEL CEREBRO
= Y EL AUMENTO DE IMAGINACIÓN =

SE PRODUCEN TOMANDO LAS PERLAS

MEMORIAM

DE D. FREIXINET

Este maravilloso producto ocasiona el inmediato desarrollo en las ideas y es el más enérgico y seguro de todos los reconstituyentes. Su acción obra directa sobre el Cerebro, despierta la memoria y cura rápidamente la **Neurastenia, Agotamiento intelectual, Cansancio y Anemia cerebral** :

SEGALÁ: Rambla de las Flores, 4; Farmacia

ÚLTIMA PALABRA DE LA
HIGIENE Y ELEGANCIA

**JABÓN LÍQUIDO
SANS**

Perfumado á varias esencias

DEPÓSITO PRINCIPAL

Calle S. Miguel, 9, Gracia: Barcelona

PILSEN CAMMANY

PIDASE EN LOS MEJORES
CAFÉS Y CERVECERÍAS

Automóviles

La Hispano Suiza

Barcelona

Chassis acorazados sistema "BIRKIGT"
patentado, de 12-14 HP., 20-24 HP.,
30-40 HP., 40-60 HP., 60-80 HP.

Grupos motores para canots automóviles
y motores fijos

Exportación á Suiza, Italia, Inglaterra
y á las Repúblicas Latino-Americanas

Talleres: Floridablanca, 54 á 64

Champagne
Codorniu



MANUEL RAVENTÓS

Proveedor efectivo
de SS. MM. los Reyes de España

San Sadurní de Noya (Barcelona)

ESPAÑA

**HOTEL DE LA MARINA
DE JUAN VIDAL**

SOLLER (Mallorca)

**HOTEL DE MALLORCA
DE JOSÉ BARNILS**

PALMA DE MALLORCA

revolucionario que podía extenderse á las demás regiones en beneficio de la Patria común.

No vaciló entonces en adherirse al movimiento, y se prestó á dirigirlo, hasta que sintió que su salud se quebrantaba.

Si fué un error ó una abdicación esta postrera fase de su vida política, si incurrió en otros errores cuando ocupó el Poder, no hemos de discutirlo en estos momentos.

¡Descanse en paz D. Nicolás Salmerón!

Notas de viaje

La Exposición de Munich de 1908.

Munich, la ciudad de los museos, ha querido tener un extenso jardín, con edificios adecuados para destinarlos á Exposiciones. Eso ha costado ocho millones de marcos (unos dos millones de duros). La superficie este «Parque de Exposiciones» es aproximadamente de unos 234.000 metros cuadrados. La parte cubierta comprende edificios de construcción definitiva y otros pasajeros; entre los primeros figuran seis edificios destinados á salas de Exposiciones, un gran restaurant y las oficinas administrativas. De los seis edificios, tres de ellos son bastante grandes; el primero tiene 33 metros de ancho por 116 de largo; el segundo, 31 por 82, y el tercero, 27 por 104.

La Exposición de este año es el estreno del Parque de Exposiciones de Munich. No se trata de una Exposición Universal, ni siquiera de una Exposición Nacional bávara, sino sólo de una Exposición de la ciudad de Munich. Una visita á ella permite formarse cargo de lo que produce Munich, ya que no hay nada extranjero, á no ser que esté ligado á trabajos del mismo Munich. No se puede decir de esta Exposición que hay de todo como en las Exposiciones Universales; no hay de todo porque no es más que una encarnación de la ciudad, de su gusto, de su arte, de su comercio, de su industria. Precisamente en esto consiste su especialidad y su principal atractivo.

Se ha dicho con frecuencia que Munich era la «ciudad del arte». Entonces no podía faltar el sello artístico en esta hermosa manifestación de su vitalidad. Se ha procurado que los edificios, las instalaciones, los jardines, fuesen artísticos hasta en los detalles. Y al decir artístico no quiero decir costoso, sino artístico dentro de lo que permite cada material.

No tengo tiempo para describir esta Exposición sala por sala; sólo quiero iniciar la impresión que me ha hecho.

Cada uno de los edificios está dividido en gran número de salas, así es que en el primero hay ciento veintidós departamentos. Esto puede ser considerado como un defecto, porque, en realidad, seguir todos estos departamentos parece seguir un laberinto, y de mí puedo decir que no he logrado nunca continuarlos por orden; con todo, á este sistema no se le puede negar una ventaja, y es que las instalaciones no se estorban las unas á las otras. Tanto más importante es esto último, cuanto lo más notable, para mi gusto, de esta Exposición, es el gran número de instalaciones de muebles con

decorados y mueblajes completos de instalaciones. Es claro que hay para todos los gustos; pero domina el gusto moderno sin exageraciones.

En una de las secciones de Industria figura la instalación de la casa Maffei, y en ella hay una locomotora gigantesca; pero no hay en la Exposición muchas instalaciones de máquinas porque no es ésta la especialidad de Munich.

Arte decorativo, arquitectura en general, ingeniería, materias alimenticias, modelos de máquinas voladoras, artes gráficas, material de escuelas, indumentaria, sport, etc., etc.; de todo esto hay en esta Exposición. Además, los jardines están dispuestos muy artísticamente, de modo que forman un complemento decorativo de los edificios.

Con el modo de ser de Munich, con su clima y sus costumbres, se armonizan muy bien estos jardines, y el gusto moderno especial que se nota en esta Exposición, en otro país, seguramente que no todo haría el mismo efecto.

No faltan en los jardines distracciones

de mil clases y para todos los gustos, desde el teatro hasta una comparsa de beduinos que tienen un lugar cerrado como tuvieron años atrás los «aschantis» en Barcelona.

La Exposición es bastante visitada, aunque algunos sostienen que no ha resultado tan notable como se suponía. Sea lo que se quiera, para un extranjero es muy digna de ser visitada, porque, como antes he dicho, es una representación exacta de la vida de Munich.

Conviene observar que esta ciudad se ha procurado este Parque de Exposiciones porque no ha querido disponer para tal objeto de la gran pradera donde está la gigantesca estatua de la Bavaria, ni tampoco del inmenso Jardín Inglés. Munich no escatima terrenos siempre que se trata de favorecer á la ciudad; bajo este concepto no se puede tildar á esta ciudad de tacañería.

Para acabar, sólo recordaré que Munich es comparable por el número de habitantes á Barcelona.

CASIMIRO BRUGUÉS

Opiniones ajenas

Los árboles de Barcelona

Cuando me preguntan qué es lo que me gusta más de Londres, respondo que sus parques y el adorno florido de las fachadas de sus casas; cuando me interrogan por lo que más me gusta de París, contesto que sus jardines y sus árboles; si alguien tiene curiosidad por conocer qué es lo que más me encanta de esta cosmopolita Barcelona, tan pródiga en encantos, diré que sus árboles también.

Estas casas del ensanche, estos palacios del Paseo de Gracia, de aspecto más suntuoso muchos de ellos que los mismos del barrio de la Estrella, tardan poco en construirse, aunque ya no sea tan fácilmente improvisable el trabajo, el desarrollo, la prosperidad comercial é industrial de que sale el dinero de las construcciones; todo, cuando hay poder económico para ello, puede hacerse en muy poco; lo que no puede tenerse en un minuto es este verde, interminable toldo de follaje que refresca y adorna la Granvía; lo admirable y lo envidiable son estos árboles del Paseo de Gracia y de la Rambla, que os recuerdan la avenida de los Campos Elíseos y el boulevard Haussman.

Se toma cariño, sin querer, á unas cosas sobre otras de los sitios que visita uno; yo amo las flores y los árboles donde los hallo, más que todo París; viven en mi memoria el Jardín de Plantas, las Tullerías, el parque de Monceau, las dulces y tranquilas avenidas del cementerio de Montmartre; y cuando llego á Barcelona, lo primero que curiso admiro es su arbolado, primera gala de una población, como lo es, en la mujer, la gracia sobre todo otro adorno de joyas, de cintas y de encajes.

Así, ayer, al entrar, antes que á mis amigos, he visitado todos estos árboles espléndidos, viejos amigos míos también... Los de la Gran Vía y los del Paseo de Gracia, á cuya vera me ha dejado el tren; los de las Ramblas, los del Paseo de Colón, y estas otras palmeras de la Plaza de Cataluña, que vi plantar hace unos años y que quizás no vea uno ya, dentro de otros, cuando alcancen á su plenitud.

No puede uno mirar ninguna cosa ajena sin relacionarla con las propias, y ello es muy natural. Yo, como todo el mundo, relaciono lo que veo en otros pueblos con lo

de aquel que vivo. ¡Pobre Madrid que uno ama tanto y que sale perdiendo en todas las comparaciones! Tiene materia y fundamento para ser un gran pueblo; tiene inmediaciones secas y áridas de que podría hacerse un vergel; tiene una sierra vecina que explotada podría ser un tesoro de belleza y dinero; tiene lo necesario para ser una gran capital y se pierde entre el nirvana de sus hijos, el maleficio de la política, el no hacer nada de unos, el mal hacer de los demás. — CLAUDIO FROLLO.

6 5 5

I

La Voz de Cataluña

Hacíamos notar ayer la singular complacencia con que Cataluña y los catalanistas habían recibido el programa de nuestros próximos Juegos Florales y el espíritu regionalista que encerraban.

Hoy, *La Veu de Catalunya* nos sorprende muy agradablemente con un nuevo artículo sobre el asunto, con una hermosa «Carta de felicitación» al Alcalde de Valladolid, rebotante de simpatía y de entusiasmo.

Porque creemos servir los intereses de Castilla recogiendo en nuestras columnas todas las muestras de afecto á nuestra tierra que se escriban en lengua catalana, nos apresuramos á traducir los principales párrafos, que dicen así:

Señor Alcalde de Valladolid y muy señor mío:

Tengo el honor de felicitarle cordialmente; el programa del Certamen que días atrás copiamos en estas columnas es muestra palpable de los progresos que la idea y el sentimiento nacionalistas hacen en todas las viejas nacionalidades ibéricas. En el citado programa no falta nada de lo que puede hacer á un pueblo grande, progresivo, digno de sí mismo, por el afán de cultura y fortaleza que demuestra. Los Juegos Florales de Barcelona se hubieran dado por satisfechos si hubiesen hecho por la lengua y la cultura catalana lo que usted y la comisión organizadora de ese Certamen hacen por la de Castilla. Por muchos años sea enhorabuena.

Yo veo en el despertar de la tierra castellana, en su espíritu regionalista, en su amor á todo lo propio, una señal de que los tiempos han cambiado y comienzan aquellos que pueden llevar á un porvenir glorioso para las regiones españolas y un amplio horizonte para España, conjunto de todas ellas y expresión

LA MECÁNICA

de

José Casanovas

Automóviles, Motocicletas, Bicycletas; Accesorios y Reparaciones

EXPOSICIÓN Y DESPACHO:

Ronda de San Antonio, número 41

TALLERES Y GARAGE:

Calle Muntaner, 13. - Barcelona

GRAN FABRICA DE HILADOS Y TEJIDOS

Prat, Carol y C^a

Ronda de la Universidad, 18 : BARCELONA

ACADEMIA POLITÉCNICA

Enseñanza completa

Carrera Ingeniero Industrial

Plaza Universidad, número 5 : BARCELONA

ARCAS

BÁSCULAS

de hierro para
valores y libros

para carros
y vagones

CONSTRUCTORES

Hijos de A. ARISÓ

BARCELONA (Sans)

ANDRÉS ANGUERA

Camino Misericordia, núms. 46 y 48 : REUS

FÁBRICA DE ACEITES PUROS DE OLIVA SUPERIORES Y FÁBRICA DE JABONES

Aceites refinados y corrientes en botellas, latas y toda clase de envases

JABONES DUROS DE OLIVA



Exportación á Provincias, Extranjero y Ultramar

SOCIÉTÉ GÉNÉRALE

DES

CIRAGES FRANÇAIS

Capital 8.000,000 de francos

Propietaria de las Forjas de Honnebont FRANCIA

Trabajos litográficos sobre metal. — Fabricación mecánica de toda clase de envases de hoja de lata. — Carteles artísticos.

SUCURSAL DE SANTANDER

VIUDA E HIJOS DE CLAUDIO ARAÑO

FABRICANTES DE HILADOS Y TORCIDOS DE ESTAMBRE

Teléfono número 99

TEJIDOS DE ESTAMBRE, LANA, ALGODÓN Y SUS MEZCLAS
Plaza Junqueras, 2 - BARCELONA

HIJOS DE JOSÉ MONTEYS

FABRICANTES DE HILADOS, TEJIDOS Y ESTAMPADOS

ESPECIALIDAD EN PAÑOLERÍA DE ALGODÓN

Casa fundada en 1817

Despacho: Bilbao, 206 - BARCELONA

terior de la unidad indispensable para la tranquilidad y el bienestar de todos...
 señor Alcalde, el camino emprendido que lleva á la emancipación política, á la unidad de los ciudadanos.
 Yo guardo muy cuidadosamente el programa que firmáis, señor Alcalde; yo lo guardo cuando algunos nos insulten llamándonos separatistas; yo les enseñaré entonces el programa y tendrán que callarse porque no hay nada más parecida que el espíritu de Castilla y el que campea en el programa que honrado con vuestra firma.
 Si á vuestro poder esta carta y no la deis bien, no faltará un catalán que la lea y si lo preferís y me lo haceis presente yo mismo os la traduciré á vuestra lengua castellana.
 Repito la cordial felicitación y os deseo muchos años de vida para bien de Castilla y de España.
 Sobre vuestro pueblo se cierne una calamidad que desde la otra vida deberíais haber evitado el buen conde Ansúrez cuyos morados despojos duermen el sueño eterno en esta grandiosa Catedral.

POL

Como vé el articulista de *La Veu* no ha precisado acudir á Barcelona para que el Sr. de Valladolid lea en lengua castellana el mensaje. Con especial satisfacción lo hemos traducido nosotros; y con el mismo gusto que la carta anterior traducimos cuanto en catalán se escriba en honor de esta bendita tierra que amamos con el mismo intenso cariño con que aman los catalanes á su hermosa y próspera región.
 Siga *La Veu* el camino emprendido; continúe hablando con cariño de Castilla, de su espíritu, de sus tradiciones, de sus iniciativas; será entonces la verdadera, legítima *Voz de Cataluña*, y sus palabras encontrarán eco en nosotros.
 Que si no faltan de una y otra parte los elementos que en alimentar odios y azuzar animosidades cifran su empeño, cuidando de traducir y comentar, con intención de cada una, cuanto signifique frialdad ó desprecio de los naturales de una región á otra distinta, somos muchos más los que sabemos apretar lazos, destruir barreras, derribando y subrayando todo lo que significa amor y simpatía.

II

Castilla y Cataluña. — El equívoco de «El Norte».

El Norte de Castilla, consecuente en su grata labor de recortar, copiar y coleccionar cuidadosamente cuanto pueda contribuir á crear recelos entre Cataluña y Castilla presentando á los catalanes como enemigos de nuestra región y aborrecidos de España, publicó un largo artículo que no conviene dejar sin comentario.
 Tres partes tiene el artículo; la primera reduce en síntesis á decir que la Solidaridad Catalana no es toda Cataluña y que se puede sentir simpatía por esta región y no sentirla hacia aquel movimiento. La Solidaridad no es Cataluña; aunque bueno será hacer notar que en España, donde la política es algo artificial, externo, yuxtapuesto á la vida y sin ninguna influencia en el alma popular, la Solidaridad ha sido uno de los más fuertes y sinceros movimientos de opinión. No en Cataluña la Solidaridad, pero de todos los diputados del Congreso, los solidarios de los que con más tranquilidad de conciencia y con la seguridad de no menudillos pueden afirmar que deben el acta no á los manejos de un gobernador ó al placet de un cacique... ¡Sino á la voluntad de los electores!
 En su segunda parte el artículo de *El Norte* reproduce un comentario de *El Norte Universal* de Barcelona, acerca de la visita de la comisión catalana á la magna Exposición de Zaragoza, comentario presivo, y redactado con el espíritu par-

riodistas del *trust* y á sus imitadores, de provincias cuando tratan de algo que se refiera á Cataluña.

No queremos insistir tampoco sobre este punto. Podrá ser que en sus discursos de Zaragoza, los catalanes hayan hablado solo de esta ciudad, de Barcelona, de Aragón, de Cataluña, y no hayan tenido ninguna alusión á otras capitales españolas. Después de todo, nos parece muy natural que así haya sucedido, pues no creemos que en un acto de fraternidad de aragoneses y catalanes... hubieran de dedicar un recuerdo á Badajoz ó á Cuenca.

Pero, sin embargo, bueno será decir que en los actos celebrados en honor de los catalanes en la inmortal ciudad aragonesa, no han debido de existir los rozamientos y asperezas mal disimuladas á que se refiere la información que copia *El Norte*, pues en la prensa de Zaragoza no hemos encontrado de ello ninguna referencia.

Al contrario, *El Diario de Avisos* — periódico que *El Norte* conocerá muy bien por las relaciones que tiene con su actual director — se expresa en términos de gran cariño hacia los visitantes catalanes.

Y vamos á la tercera parte. Después de decir, con cierto despecho, que *La Veu* quiere «convertir en substancias» el programa de nuestros Juegos Florales, *El Norte* copia algunos párrafos de la *Carta de felicitación* al Alcalde de Valladolid que ya conocen nuestros lectores.

La afirmación de que el programa del Certamen es muestra evidente del resurgimiento de las viejas nacionalidades ibéricas escandaliza á *El Norte*, que rasga sus vestiduras y subraya el concepto con gran aparato de letra cursiva, versalitas y signos de admiración irónica.

No es posible discutir aquí, en estas volanderas hojas, el concepto de la *nacionalidad*; cuestión es ésta reservada al libro y la revista, pero sí hemos de señalar que esa confusión clásica de las palabras Nación y Estado, y de las ideas que respectivamente encarnan, es debida en gran parte á la poca habilidad que los escritores de la escuela liberal han mostrado para distinguir ambos conceptos. Si casi todos los españoles que pasan por las aulas salen de la Universidad sin saber á punto cierto si la Nación se funda en la lengua, ó en la raza, ó en la unidad de cultura, ó en la base territorial, culpa es de esa empecatada sociología que se les hace estudiar y cuyo símbolo puede ser el famoso libro del señor Santamaría de Paredes, exministro moretista, que después de barajar muchas ideas y teorías dejaría deshacer la logomaquia.

Porque una logomaquia, una de las «batalhas de palabras» á que Costa alude en el prólogo de un libro que deben de conocer mucho en *El Norte*, es lo que hay en el fondo de esas discusiones acerca de las *nacionalidades*.

No sabemos si los viejos estados medievales eran ó no *naciones*, pero recordamos que el Sr. Royo Villanova, director de *El Norte de Castilla*, en su última obra, *El Problema catalán*, afirma que «lo verdaderamente característico de la nación, es su espíritu, la *conciencia nacional*, ese sentimiento diluido por todo el pueblo y que despierta en cada ciudadano la idea de comunidad con los demás» (1) y si es así hay que convenir en que los pequeños estados de la Reconquista eran, según dicho concepto, verdaderas *nacionalidades*. En el condado de Castilla primero, en este reino y en el de León más tarde, en los de Navarra y Aragón, en el condado de Cataluña existía ese sentimiento de solidaridad, esa *conciencia nacional*, y castellanos, aragoneses, catalanes, se sentían *distintos* unos de otros, unidos á los naturales de la región y de su tierra con lazos más estrechos que con la de los otros reinos.

(1) *El Problema catalán*, pág. 175.

Y conste que no subscribimos esa teoría de la *conciencia nacional*, que confesamos no nos convence. Pero si nosotros no la aceptamos, *El Norte* tiene que aceptarla, á menos de ponerse en contradicción con su director, y aceptándola no hay razón para á ustarse por las afirmaciones de *La Veu*, que son consecuencia lógica de semejante doctrina.

**

Disgústase también el diario liberal valisoletano por una frase de *La Veu* que no tiene más valor que el de una paradoja desprovista de toda trascendencia. Por lo visto en *El Norte* toman en serio ¡todavía! esos malabarismos de ideas, hoy tan en boga, y se asustan de esas afirmaciones estupendas, absurdas, al parecer y en realidad inofensivas con que suelen matizarse artículos y conversaciones sin más intención que lucir ingenio.

«En provincias — dice *Azorín* — no se puede aventurar paradojas; los que las oyen no se enteran de su verdadero valor y se aprestan muy seriamente á discutir las».

...Y he aquí cómo *El Norte* tomando en serio las paradojas de *La Veu*... ha resultado muy provinciano — digno del casino de Yecla — y merecedor de la donosa burla del autor de *La Voluntad*.

Otra cosa que molesta al colega es que *La Veu* diga que el castellano es *nuestra lengua* (la lengua de Castilla). ¡Pero si lo es! ¡Y de orgullo puede servirnos que así sea!

El Norte dice que el castellano es *español*. Bien está. ¡Pero *español* también lo es el catalán! Y si en esa «lucha por la existencia» que los idiomas entablan como los pueblos, el castellano ha vencido al catalán y conquistado la hegemonía, no por eso pierde su carácter originario, su tradición, su historia que le acreditan como *nuestro*.

**

Lo más triste de todo el artículo de *El Norte*, es el espíritu que lo informa, el fin á que obedece y que no es otro que continuar esa «siembra de antipatías», emprendida con fruición, digna de mejor empleo, por gran parte de la prensa liberal.

Si los catalanistas ofenden á Castilla, á España, bien está la protesta y no seremos nosotros los últimos en protestar con toda la energía de nuestra alma. Pero ¿á qué entretenerse en buscar interpretación torcida á cosas en realidad no mal interpretadas?

¿A qué poner en tela de juicio el patriotismo de quienes hacen protesta reiterada de querer continuar siendo españoles?

Por el amor y no por el desvío puede lograrse que la frialdad desaparezca y que renazca el fuego de un afecto que, siguiendo por el camino emprendido, puede extinguirse.

No recelemos de Cataluña para que Cataluña no recele de nosotros.

¿Por qué habla *El Norte* del Arancel?

El Arancel es español... á pesar de Grandmontagne.

El Arancel defiende lo mismo los paños de Tarrasa que los de Astudillo, lo mismo las fabricas que mueven las aguas del Ebro ó el Llobregat que las que mueve el Duero.

Y si la productora y agrícola Castilla no está tan defendida como la industrial Cataluña, culpa será de la Junta de Aranceles — en la que figura el Sr. Alba — que dejó, según confesión propia hecha en el discurso de Salamanca, que á sus espaldas se arreglasen catalanes y vascongados en perjuicio de los agricultores que le habían encomendado la defensa de sus legítimos derechos y de sus muy atendibles intereses. — (Del *Diario Regional*, de Valladolid).

